

Anuario de Estudios Americanos, 67, 2,
julio-diciembre, 715-765, Sevilla (España), 2010
ISSN: 0210-5810

Rodolfo Aguirre y Lucrecia Enríquez (coords.): *La Iglesia hispanoamericana, de la colonia a la república*, México, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE)/Universidad Nacional Autónoma de México/ Pontificia Universidad Católica de Chile/ Plaza y Valdés Editores, 2008, 384 pp.

Como bastantes libros más en los últimos años, la mayoría de los trabajos integrados en éste (11) se incluyeron en uno de los simposios del 52 *Congreso Internacional de Americanistas* (Sevilla, 2006), y a ellos se unieron después otros dos más. Sus coordinadores —los doctores Rodolfo Aguirre y Lucrecia Enríquez, mexicano y chilena respectivamente— son bien conocidos por sus publicaciones vinculadas a la Iglesia desde perspectivas históricas, sociales y económicas, como lo demuestra una publicación posterior al libro que aquí se reseña, titulada *Tradición y reforma en la Iglesia hispanoamericana*, coordinada igualmente por ellos, junto al profesor poblano Francisco Javier Cervantes Bello, y publicada asimismo por la UNAM en 2010.

Como Aguirre y Enríquez aclaran en la Presentación, no se tratan en él “estudios puntuales” sobre aspectos vinculados al tema de Historia de la Iglesia, sino “una historia de las dinámicas y complejas relaciones entre la Iglesia y la monarquía”, en sus múltiples manifestaciones. Esta obra consta de una Presentación, seguida por tres partes, denominadas *La conservación de los espacios coloniales*, *Elites eclesiásticas: formación y relaciones con la monarquía* y *Del patronato español al estatal en el siglo XIX*, respectivamente. Y como su propio título indica, la cronología objeto de los estudios va desde el siglo XVIII borbónico hasta fines del XIX.

En cuanto a la geografía abarcada, se extiende a cuatro países latinoamericanos —Chile (1), Argentina (2), México (6) y Perú (2), más otros dos trabajos de carácter más general referidos a temas de la Iglesia secular: el primero, de J. M.^a Imízcoz y M.^a V. García del Ser, sobre el alto clero vasco y navarro en la monarquía hispánica del siglo XVIII, desde sus orígenes familiares a sus carreras eclesiásticas en España y en las Indias; y

respecto al segundo capítulo, escrito por J. P. Dedieu, también se vincula a la “familia episcopal” que rodeaba a once obispos —seculares y regulares— entendiendo como integrantes de esas familias tanto a los de su mismo origen genealógico como a los miembros de la orden religiosa a la que pertenecían.

Volviendo a la subdivisión en tres apartados, que nos parece más interesante como enfoque para nuestra reseña, el primero de ellos —*La conservación de los espacios coloniales*— presenta internamente una temática referida, en primer lugar, al clero secular, con los trabajos de L. R. Enríquez sobre el Obispado de Chile del siglo XVIII al comienzo de la Independencia, y de G. Caretta — V. Ayrolo sobre los curas seculares en el Tucumán de 1779 hasta 1810. La aportación de A. Rocher, al estudiar el problemas de las doctrinas de indios en Yucatán, se convierte en un parteaguas de este apartado, ya que en él se estudian las tensiones entre el Obispado yucateco y las órdenes religiosas franciscana y dominica por el control de esas doctrinas vinculado a temas económicos y de enfrentamientos entre el clero secular y el regular en esas tierras periféricas. Cierra este primer grupo el trabajo de I. L. Magallanes Castañeda centrado en la orden real de expulsión de los jesuitas del colegio de Durango y sus consecuencias, tema bien conocido y estudiado por esta autora.

Respecto a la parte segunda —*Elites eclesiásticas: formación y relaciones con la monarquía*—, además de los dos capítulos de carácter general ya indicados, se incluye en ella un texto de C. Torales Pacheco vinculado de nuevo a los vascos, en este caso relacionado con la formación del clero secular mexicano; por su parte, R. Aguirre dedica su estudio a las tensiones entre el alto clero del arzobispado de México y el colegio de Santa María de Todos Santos, donde estudiaron muchos laicos importantes, que intentaban tener el control de la Universidad de México en el siglo XVIII, frente al tradicional dominio eclesiástico sobre la institución universitaria. Cierra este apartado el profesor M. Molina Martínez, con un trabajo igualmente centrado en las tensiones eclesiásticas en el Cuzco —en esta ocasión entre el obispo Bartolomé M.^a de las Heras y un grupo de clérigos bajo su jurisdicción, encabezados por F. Carrascón, un sacerdote atípico— desde 1789 hasta principios del XIX.

La Parte III —*Del Patronato español al estatal en el siglo XIX*—, centrada en el tránsito de la colonia al periodo republicano, incluye en sus trabajos un claro predominio sobre las actitudes del clero secular en tiempos de cambios. Parte del de E. Hernández García, sobre la adaptación del pri-

mero vicario y después obispo de Trujillo, Tomás Diéguez Florencia, a esos años tan llenos de rupturas, pero a la vez de continuismos, entre 1776 y 1845, entre el Virreinato peruano y el Perú republicano; sigue con el texto de M. E. García Ugarte, sobre las sedes vacantes del Arzobispado de México entre 1825 y 1831, en años difíciles por las relaciones con la Santa Sede y el afianzamiento de la primera República del nuevo país.

Siguiendo en México, M. Ornelas Hernández continúa avanzando en el siglo XIX en su estudio sobre la extensa diócesis de Michoacán de 1831 a 1850, lleno de problemas y tensiones entre los gobiernos federales y a veces la iglesia jerárquica, frente a clérigos y religiosos partidarios de la tradición. Y cierra este libro el texto de M. Gallardo, que continúa esa línea de análisis centrada ahora en los últimos veinte años del XIX, analizando las actitudes del clero en Córdoba, Argentina, durante esos años en los que fueron cuajando nuevas ideologías y partidos.

Para finalizar, un libro interesante, verdadero panorama de años llenos de dudas, problemas y avances, vistos por autores destacados, auténticos especialistas en esos temas y que, sin duda, deben consultarse para trabajos vinculados a la iglesia americana en esa época.—MARÍA JUSTINA SARABIA VIEJO, Universidad de Sevilla.

Xosé Ramón Campos Álvarez (ed.): *Migracións e globalización*, Vigo, Área de Historia de América, Universidade de Vigo, Aceroplus Ourense-Impronta Digital, 2009, 325 pp.

Los veintiún trabajos recogidos en esta obra son el producto de dos encuentros internacionales sobre migraciones y globalización, celebrados en Ourense en 2007 (18 de octubre-29 de noviembre) y 2008 (22 de octubre-13 de noviembre), que dan cuenta de los avances realizados en el estudio de las migraciones entre España y América. Insertos en un mundo globalizado los autores presentan una perspectiva evolutiva de los fenómenos migratorios cuya percepción actual tiene un papel central en la definición de las nuevas políticas migratorias de los países receptores.

La obra se divide en dos bloques, correspondientes a los dos encuentros, a lo largo de los cuales se pueden identificar diferentes ejes temáticos comunes. Introducen el libro dos capítulos de carácter descriptivo a escala mundial. En el primero, “Migraciones y remesas en América Latina. Alivio

a la pobreza y estímulo al consumo”, Juan Rial presenta un somero análisis comparativo de la migración internacional, estableciendo que hoy en día cerca del 3,5% de la población es emigrante, que principalmente se ha desplazado de zonas del sur hacia otras más desarrolladas del norte. Y en el segundo, Carina Perelli aborda una cuestión estrechamente relacionada con la emigración en “Notas sobre el voto en el extranjero”. Si bien el derecho de sufragio de los ciudadanos afincados fuera de su país es un hecho relativamente reciente, en la segunda década del pasado siglo ha experimentado una gran difusión extendiéndose a 64 países con diferentes modelos electorales.

El tercer trabajo da paso a un tema de investigación recurrente a lo largo del libro, la migración gallega a América. En “Masonería e emigración na Galicia contemporánea”, Alberto Valín realiza una breve reflexión sobre la interrelación entre las masonerías americanas, estableciendo una relación directa entre la masonería gallega y la emigración a Cuba. Identifica la Edad Dorada de la masonería gallega entre 1868 y 1898 y, en base a las fuentes documentales del Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca (Antiguo Archivo Histórico Nacional, Sección “Guerra Civil”), describe la masonería gallega en Cuba, que llega a ser la segunda más importante en la Isla, sólo precedida por la asturiana.

Continúa analizando el asociacionismo gallego, en el caso venezolano, Xosé Ramón Campos Álvarez, en “A migración galega a Venezuela a través do asociacionismo”. A pesar de que no será hasta mediados del siglo XX cuando Venezuela se convierta en un país receptor de inmigración masiva, tras la transformación de la economía y de la sociedad con el descubrimiento de yacimientos petrolíferos, desde la década de los cuarenta se tiene constancia de centros de asociacionismo regional español como el Centro Vasco, el Hogar Canario, el Centro Catalán, el Lar Galego o el Centro Galego de Caracas. Junto al carácter político del asociacionismo gallego de los primeros tiempos destaca sus facetas benéfica y cultural.

Otro eje temático común en tres capítulos es el análisis de las fuentes documentales para el estudio de la migración española a América entre los siglos XVI y XVIII. Así Rosario Márquez Macías, en “El sueño de emigrar a América”, logra su objetivo de aproximar al lector común a las fuentes consultadas para dicho estudio, donde el Archivo General de Indias ocupa un lugar central seguido de fuentes judiciales —Protocolos Notariales, Honras Fúnebres o Bienes de Difuntos— que aportan sustancial información sobre la vida del emigrante.

Seguidamente, María Dolores Pérez Murillo, en “Las migraciones hacia América Hispánica en la época colonial. Una mirada desde la intra-historia”, profundiza en el Archivo de Indias especificando las diversas secciones que permiten analizar la emigración directamente y valorando los Autos de Bienes de Difuntos. Tal y como hacen Antonio García-Abásolo y David Peláez Portales en el capítulo “Andaluces de México (siglos XVI al XVIII)”, donde describen el mundo privado de los pobladores andaluces en la Nueva España a través de la documentación recogida también en los Autos de bienes de difuntos del citado Archivo sevillano, complementada con documentación del Archivo Histórico de Córdoba y el Archivo General del Obispado de Córdoba.

El siguiente gran eje temático de esta compilación es el estudio de la migración cubana, dada la importancia de los flujos migratorios en la conformación de la identidad de la Gran Antilla. Introduce este análisis Alejandro García Álvarez con “Cuba, espacio histórico para la inserción de inmigrantes en una economía dependiente”. El autor argumenta que el desarrollo de un modelo económico abierto y dependiente basado en la exportación agrícola, entre finales del siglo XIX y principios del XX, ha estado directamente asociado a la llegada masiva de inmigrantes de las Antillas Menores, China y España ante la demanda de mano de obra. Diferencia la emigración española por el vínculo cultural existente entre ambos países y por el desarrollo del asociacionismo español, que favoreció la integración de los recién llegados.

Amplía esta línea temática Antonio Santamaría García con una profunda revisión bibliográfica sobre el estudio de la migración española a Cuba y Puerto Rico, en “Migración española y construcción de lo puertorriqueño y lo cubano”. En el caso cubano se trató de una inmigración masiva debido a la progresiva abolición de la esclavitud, la transformación técnico-organizativa de los ingenios azucareros, el crecimiento económico y aumento salarial y las posteriores políticas de higiene racial, mientras que en el puertorriqueño esta fue selectiva, elitista y su flujo se interrumpió con su independencia en 1898. A pesar de estas diferencias, el autor afirma la existencia de un discurso de hispanidad en ambos países, donde la inmigración española influyó en la formación de una conciencia e imaginario nacional. Santamaría incide en el hecho de que dichas historiografías adolecen de un excesivo localismo que debería ser superado por análisis generales que ofrezcan una visión conjunta del papel de la inmigración española en la construcción de *lo propio*.

En el segundo encuentro, dos artículos de carácter regional completarán el estudio de la migración cubana. En primer lugar, el trabajo de Sergio Guerra Vilaboy, “Gallegos en Cuba”, analiza la presencia de estos en la Gran Antilla que a principios del siglo XX aumentó notoriamente, estimándose que entre 1899 y 1922, de los más de un millón de españoles residentes en Cuba, más del 40% eran gallegos. Esta migración se diferenció de la realizada por africanos y chinos en la primera mitad del siglo XIX, pues en esta última no hubo retorno humano, económico o cultural. Y en segundo lugar, el recientemente fallecido Leoncio Cabrero, en “La inmigración china a Cuba en el siglo XIX: una semiesclavitud amarilla”, describe la crueldad de la emigración china a Cuba, que venía a reproducir las condiciones esclavistas de la abolida trata negra bajo enunciados normativos opacos que imposibilitan hablar de los culíes como emigrantes.

Otro foco de gran calado en la historiografía americana es la migración mexicana. Elixio Villaverde García, en “A emigración galega a México e o éxodo mexicano aos EE.UU en perspectiva comparada”, analiza las dos migraciones, destacando las diferencias entre ambos flujos que se acentúan en la forma en la que los emigrantes gallegos y mexicanos se insertaron y se insertan en la estructura socio-profesional de los países receptores hasta hoy. Pues mientras muchos gallegos lograron ascender económica y socialmente, los emigrantes mexicanos a EE.UU se enfrentan a la dura movilidad social como asalariados manuales y mal remunerados.

Un nuevo análisis comparativo de migraciones atemporales es el de la ya citada María Dolores Pérez Murillo, “El sur de España y las migraciones contemporáneas”, que trata de identificar las similitudes existentes entre la emigración andaluza hacia América Latina a principios del siglo XX y la reciente inmigración latinoamericana en la Andalucía Mediterránea. Para ello recurre a testimonios orales de emigrantes andaluces hacia América Latina y de ecuatorianos residentes en la ciudad mediterránea de Vera (Almería). En ambos casos la crisis económica y la ausencia de políticas sociales son las causas principales por las que se decide partir.

Por otra parte, Juan Rial Roade, en “Los miedos y los globalización. Un mundo globalizado”, realiza un análisis preliminar de la percepción del inmigrante en función de dos posiciones: una de miedo asumido ante el fenómeno migratorio y otra de aceptación. Rial desarrolla con mayor detenimiento la visión del miedo que despierta el inmigrante, apoyándose en la ausencia de neutralidad del término “inmigrante” o “migrante” en el mundo globalizado. Concluye argumentando que esta visión peyorativa del

“otro” se materializa en formas de gobernabilidad basadas en el miedo, la inquietud y el malestar.

Un enfoque distintivo de la migración española a América es el de María Dolores Fuentes Bajo, “En principio emigraron las ideas... Transferencia de pautas de gobierno y realidad colonial. Maracaibo, Venezuela, 1750-1800”. A diferencia del resto de trabajos recopilados en este libro, éste se refiere a la emigración de ideas, y no de personas hacia el Nuevo Mundo, que se materializaron en control político a través de la delimitación territorial, la implantación de políticas fiscales y la creación de instituciones eclesiásticas. La autora realiza una precisa descripción de la reorganización territorial proyectada por el gobierno metropolitano sobre la región marabina a través de la incipiente institucionalización en pleno Virreinato de la Nueva Granada.

Otro trabajo que aborda la inmigración en Venezuela es el de Arístides Medina Rubio, “Dos tiempos en la inmigración contemporánea en Venezuela”. El autor muestra cómo las corrientes migratorias en Venezuela suponen una excepción dentro de la región, pues mientras en la mayoría de los países vecinos los flujos migratorios de la época contemporánea tienen lugar a finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, Venezuela no se convierte en un país receptor de inmigrantes hasta la política de puertas abiertas desarrollada por el gobierno militar entre 1948 y 1958.

Amplían el análisis sobre el fenómeno migratorio en la región andina los trabajos de Juan J. Paz y Miño Cepeda sobre Ecuador —“Ecuador: migrantes y migraciones en la perspectiva histórica”— y María Concepción Bravo Guerreira sobre Perú —“El efecto “llamada” del descubrimiento del Perú en los pobladores españoles de las indias”—. Paz y Miño señala que no podemos considerar a Ecuador un país de migraciones hasta mediados del siglo XX, cuando el incipiente desarrollismo ecuatoriano atrajo a numerosos ciudadanos de países vecinos que contribuyeron notablemente al desarrollo de la capital, y las crisis político-económicas de las tres últimas décadas del siglo XX propiciaron la masiva emigración de ecuatorianos hacia el continente europeo, principalmente a España. Mientras que Bravo Guerreira describe brevemente el “efecto llamada” que tuvo el descubrimiento de Perú a principios del siglo XVI, originando un gran flujo migratorio desde España y las islas caribeñas, que abrió las rutas del Océano Pacífico dando lugar a una gran emigración hacia el continente sudamericano de aquellos que acudieron atraídos por la riqueza natural de estas tierras.

En último lugar debemos referirnos a tres trabajos ilustrativos de la vida del emigrante: “Emigrantes españoles e inmigrantes africanos: voces literarias escindidas y hermanadas”, de María Tajés; “Luis Saone: dibujo, ilustración, gráfica”, de María Victoria Carvallo-Calero; y “Andrés Pazos Pérez: Unha pequena autobiografía”, de Andrés Pazos Pérez, que buscan extraer del lector una conciencia tolerante hacia los inmigrantes llegados a España desde finales del siglo XX, en su mayoría oriundos de África y Latinoamérica, a través de ejemplos ilustrativos de la dura vida, y a veces itinerante, de los emigrantes y de las contribuciones que muchos de ellos han realizado al ámbito cultural, tanto de sus países de origen como de recepción.

En conclusión, este libro es un gran referente de la historiografía española y latinoamericana sobre el estudio de los flujos migratorios desde la época colonial hasta el desarrollo del mundo globalizado que actualmente se define por constantes intercambios de información, mercancías y personas. En tal sentido, y aunque no sea el objetivo de muchos de sus capítulos, la compilación de esta obra conlleva repensar la actitud hacia el emigrante en un mundo en el que la libre circulación de mercancías es una premisa que concede a estas más derechos que a las propias personas. Esta actitud de tolerancia hacia el inmigrante no puede venir sino de la reflexión final de recordar lo que fuimos como sustento para alardear de lo que hoy somos.—VANESA VALVERDE CAMIÑA, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC, Sevilla.

Ana Crespo Solana: *Mercaderes atlánticos. Redes del comercio flamenco y holandés entre Europa y el Caribe*, Córdoba, Universidad de Córdoba / Cajasur, Serie Estudios de Historia Moderna, ES.HI.MO, 2009, 352 pp., tablas y gráficas, bibliografía, índices de tablas y gráficas, de materias, onomástico y de topónimos.

Of the major Atlantic empires built by European peoples in the early modern period, that of the Dutch is surely the least known to scholars. A number of honourable and important exceptions notwithstanding, studies of the Dutch empire are few in comparison to those of Britain or Spain. There are historical reasons for this, of course; for though the Dutch territorial presence in the Americas was significant at times, particularly in the

seventeenth century (from the Brazilian *nordeste* to 'New Amsterdam' in North America), it was ultimately reduced merely to a few small islands in the Caribbean. As a commercial power in the Atlantic world, the Dutch Republic was potent in the seventeenth and eighteenth centuries, but was then relegated to a relatively minor role by more powerful rivals. And these historical factors are complemented by a purely practical one, unfortunate but unquestionably influential: few scholars outside the Netherlands read Dutch, rendering both original documentation and the country's own rich scholarship poorly accessible to most, other than in translation. These factors, then, have contributed to the relative neglect of the fourth European empire (with the French) in the Americas.

It is a neglect that makes Ana Crespo Solana's detailed, wide-ranging, and abundantly documented study all the more welcome. Indeed, for scholars (who read Spanish) who acknowledge a deficiency in their understanding of the Dutch Republic and its interaction with Spain and its empire, the volume under review will go some considerable way towards filling the gap. The author has worked and studied in both Belgium and the Netherlands, and cites an exceptionally wide-ranging bibliography in Dutch, as well as Spanish, English, French and German. The book consists of a collection of eleven essays, of which six were first published elsewhere in the period since 1998, and five—including some of the most significant material—appear here for the first time. Several of the previously published essays were extensively revised and expanded for this volume, and the book thus represents the fruits of labour by its author over many years.

The work is divided into four sections, each addressing major aspects of Dutch interaction with both Spain itself and the Spanish empire: 'Spain and the Low Countries in Historical and Political Context', 'The Flemish and Dutch in Cadiz', 'Dutch Expansion', and 'Across the Atlantic'. The first of these sections opens with an extensive, wide-ranging essay on Hispano-Dutch relations between the Peace of Munster of 1648 and the Treaty of Seville of 1729. It continues with an essay devoted to the Dutch Republic and Anglo-Spanish commercial and military rivalry between the Spanish War of Succession and the late 1780s. These opening essays give a strong sense of the Dutch abroad, during both the better-known Golden Age of the seventeenth century, and the lesser-known decades following the Treaty of Utrecht, when the Republic was rendered ever more vulnerable by the rise of Britain and the persistent threat from France. A third essay discusses the Ostend Company, founded in the late 1710s and which

flourished briefly during the 1720s, while the final contribution focuses on the Barrier Treaties of 1709-1715, intended to secure the southern borders of the Republic against the French but which (we learn) brought the Dutch commercial advantages as well.

The second section encompasses three further essays, devoted to the community of Low Countries merchants settled in Spain, particularly in the primary Atlantic port of Cadiz. These essays discuss successively Low Countries immigration to Cadiz between 1580 and 1800, the 'national' identity of these merchants and their political and social integration into the host society, and the 'Levant Route' (Dutch trade through Cadiz destined for the markets of the Mediterranean and Asia). The formidable obstacles to the study of foreign communities settled in Cadiz, much of whose trade was necessarily clandestine since it contravened Spanish mercantile laws, are well known. Crespo Solana addresses these obstacles by what is very probably the only means available: the extensive use of notarial records, albeit supplemented by other sources. These essays are thus valuable not least for what they show can be gleaned from such records, since as the author demonstrates, 'comparative work on data taken from notarial documents...can present a very different vision from that presented by official sources' (p.125). As a single example of this, only 26 of 152 Flemish and Dutch merchants identified from these records as resident in Cadiz between 1715 and 1730 and involved in 'high maritime trade' with northern Europe were registered in a census of 1713 (p.120) —despite such censuses being a basic tool by which the size and characteristics of foreign mercantile communities in the port are often judged.

The third section of the book, on 'Dutch Expansion', combines a long essay on the formation and consolidation of the Dutch port system with a further piece on Spanish royal fiscal policy and Dutch financiers in the late 1700s. The former is among the most ambitious of the essays in scope, presenting as it does an account of the rise and development of the Low Countries ports especially from the late Middle Ages onwards, although it is perhaps also the furthest removed from strictly Americanist interests. The latter discusses the large, important, and still relatively little-known topic of Dutch investments and loans in Spain. This chapter provides much useful analysis, for example of the emphasis by Dutch financiers on investment in public works (such as the Canal de Aragón) from the 1760s and the shift towards loans to government from the early 1790s (pp. 223-224).

The final section moves the discussion firmly towards Dutch trade with the Americas, and consists of an essay on trade with the Spanish colonies, and another on 'Dutch intervention in the productive systems of the Caribbean'. The former presents a detailed and intriguing overview of Dutch commerce with Spanish America from its origins to the late eighteenth century. This account not only describes the characteristics of this trade, especially the branch routed via Cadiz, but embraces broader aspects including the methodology of Dutch contraband and the financing of the commerce. Most strikingly, it suggests a markedly different pattern to trade with the Spanish colonies by, for example, the British during the same period. Thus, even in the seventeenth century, direct Dutch trade with the Spanish colonies rivalled and perhaps surpassed in value that which was routed via Cadiz (pp.235-237); in the British case the Cadiz route remained substantially the most important until the late eighteenth century). When trade *was* routed via Spain, Dutch ships might sail first to Cadiz and then themselves join the Spanish fleets for the Americas, under different names (p.244) —again, a practice rarely mentioned for the British. Lastly, the concluding essay on trade in the Caribbean takes the activities of the Hispano-Dutch concern of Courtian, Sánchez and Echenique in Puerto Rico in 1784-92 to explore how the Dutch, denied their own large-scale plantation colonies by more powerful rivals, set out instead to 'achieve relative success in a number of marginal regions where they would ensure that settler producers depended on Dutch capital and shipping' (p. 271).

To conclude: I recommend this book to any scholar interested in early modern Atlantic trade, Dutch diplomatic and commercial relations with the Hispanic world, or the role of Cadiz in trade between Europe, the Mediterranean, and the Americas. It presents a great deal of information and a large number of suggestive interpretations ranging across its field of enquiry. I have two relatively minor reservations: firstly, although the book is quite handsomely produced, copy-editing of the essays was irregular, with some chapters suffering from typographical errors. Secondly, the lack of any map, even of the Low Countries themselves, is regrettable, particularly as one attempts to follow the narrative of the chapters devoted to the Barrier Treaties or the rise of the Dutch port system, where geography plays such an important part. But, to end on a deservedly positive note, it is testimony to the scope and depth of Crespo Solana's research that this reviewer noticed only one significant absence from the bibliography: the work of Carlos Marichal since the late 1990s, which sheds much light on the Dutch

loans to Spain of the early 1800s and the resulting murky financial and commercial dealings, mainly with Mexico. And not the least merit of this book is that, by its wide reading in Dutch sources, it makes some part of the fruits of that country's own scholarship available to less polyglot scholars of the early modern Atlantic.—ADRIAN PEARCE, King's College, London.

Marta Fernández Alcaide: *Cartas de particulares en Indias del siglo XVI. Edición y estudio discursivo*. Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, Textos y Documentos Españoles y Americanos, 6, 2009, 382 pp., anexos, bibliografía + CDrom.

Hace más de dos décadas que Enrique Otte publicó *Cartas privadas de emigrantes a Indias (1540-1616)*. La rica muestra que localizó en el Archivo General de Indias de Sevilla es el punto de partida del trabajo de Marta Fernández Alcaide que, ciñéndose en la selección al siglo XVI, tiene como objetivo el estudio lingüístico de estos textos procedentes de la esfera privada. La etapa considerada se enriquece con 23 nuevos testimonios epistolares, parte de ellos redactados en España, que no fueron incluidos por Otte.

Filólogos y lingüistas coincidieron en señalar que la publicación de Otte, ampliamente utilizada por los historiadores, no era útil para sus estudios por la modernización del texto de las misivas. Por ello, en el CDrom que acompaña a la obra impresa se transcriben y editan con criterios filológicos las cartas en las que se basa el estudio. Dada su utilidad para los estudios lingüísticos, confiamos en que el extenso fichero del *corpus* (640 cartas) no se vea afectado por los cambios de soportes informáticos, preservando con ello la paciente y cuidada transcripción de unos textos cuya dificultad es bien conocida para los más familiarizados con el mundo epistolar, pródigo en grafías difíciles de plumas no siempre expertas. Para la localización de la referencia documental de los textos editados en el CDrom es preciso consultar el anexo I de la obra impresa (pp. 317-343) con la correspondiente correlación, cuando la hay, con la numeración en la edición de Otte. Hubiera sido conveniente incluir en la edición de las cartas la referencia de archivo para su localización y recordar en el anexo I las secciones del Archivo General de Indias en las que se conservan (Indiferente General y Contratación).

La obra está estructurada en cinco capítulos en los que se desarrollan, en el contexto de los estudios filológicos, los diferentes objetivos planteados en la *Introducción*. La presentación del *corpus* se hace en el Capítulo I (pp. 33-74), en el que se comentan diversos elementos (gráficos, paleográficos, autoría, status social de los emisores y su relación con los destinatarios) para aproximarse —señala la autora— a la naturaleza de estos documentos. Algunos comentarios sobre las grafías y la competencia gráfica de los escribientes (pp. 38-39) serían más comprensibles, para los menos familiarizados con los textos epistolares, si se acompañasen los ejemplos citados con apoyo gráfico que los ilustrase.

Las misivas están íntimamente ligadas a las circunstancias del emisor, entre ellas su nivel de alfabetización, de ahí la acertada inclusión del epígrafe “cuestiones sociológicas”. En él se identifican y enumeran los oficios de los remitentes, se resumen los orígenes de los emisores y se consideran los vínculos entre emisor y receptor en función de los encabezamientos. En opinión de Fernández Alcaide “los textos fueron escritos por un grupo de individuos representativo de toda la sociedad indiana”, aunque el de los artesanos que envían cartas a sus familiares es especialmente interesante pues, en su opinión, es el que se aproxima más al lenguaje hablado, cuya descripción es el último objetivo del trabajo (p. 60).

El criterio utilizado para clasificar las cartas “es el de las relaciones que existen entre los interlocutores, por considerarlo un aspecto fundamental” (p. 54), de ahí que en el *corpus* se presente la muestra agrupada en función de los destinatarios (mujer, hermanos, madre, hijos, padre, sobrinos, primos) y luego según el tratamiento, desde el más próximo al más alejado en la escala social (señor, muy magnífico señor, ilustre señor, muy ilustre señor), y los encabezamientos a los clérigos (muy reverendo señor). Otras variantes y tipos de relación (cuñados, yernos, suegros, etc.) se reúnen bajo el epígrafe “otros”. La presentación de los textos, por lo tanto, no es histórica “sino que pretende ser filológica” teniendo en cuenta —señala la autora—, que “lo social influye en un nivel de la variación lingüística, la diastrática”. En función del destinatario clasifica y diferencia en esta recopilación las cartas que considera en un entorno “familiar, “semifamiliar” o “formal”. El criterio también pudiera haber sido otro, pues no siempre, si se desconoce el contexto en el que fueron escritas, el empleo de determinadas formas de encabezamiento o tratamiento puede ocultar relaciones de muy diverso tipo.

La presentación de los textos intenta ser filológica, de ahí las oportunas aclaraciones que, antes de descender al análisis, se hacen de los crite-

rios de edición, ampliamente desarrollados en lo relativo a grafías, división de palabras, acentuación, puntuación, numerales, signos críticos especiales o utilización de mayúsculas y minúsculas. La edición “pretende ser fiel en todos los sentidos” a los textos manuscritos que maneja del Archivo General de Indias, aunque no siempre se han incluido los sobrescritos conservados, y favorece la elaboración de *corpora* no literarios para los estudios de lingüística histórica que tengan como fin el rastreo del cambio lingüístico.

En el Capítulo II se inicia el estudio sintáctico del *corpus*, objetivo final del trabajo, con el análisis de los aspectos gráficos con implicaciones fonológicas. En él se ejemplifican los fenómenos más comunes advertidos en la muestra reunida, en especial en las cartas que probablemente sean autógrafas (74 misivas), en aspectos como las grafías (variedad de empleos de la *h*, de la *v* y *u* con valor de vocal o consonante, la *j* y *g*; *j* e *y*; etc.), vocalismo y consonantismo, acompañando el análisis de tablas y gráficos en los que se reflejan algunos aspectos, entre ellos el ceceo-seseo.

Los Capítulos III y IV tienen como hilo conductor la cohesión en el *corpus*. Tras una presentación general en la que se consideran los mecanismos de cohesión: procedimientos léxicos (repetición, sinonimia, hiperonimia), gramaticales (deíxis, elipsis), progresión temática y marcadores del discurso, se profundiza en estos últimos. Así, con ejemplos de la muestra epistolar analizada, se hace una propuesta de clasificación de marcadores y se comentan los conectores aditivos (*y*, *demás*, *ultra*, *asimismo*, *también*, *ítem*), causales-consecutivos (*que*, *porque*, *por tanto*, *por eso/por esto*, *así*, *pues*, *de manera/modo/suerte que* ...), opositivos (*empero*, *pero*, *mas*, *no obstante/sin embargo*, *con todo*), estructuradores de la información (comentadores, ordenadores, digresores) y reformuladores (explicativos, rectificativos, de distanciamiento, recapitulativos). El análisis se acompaña de tablas en las que se resume su utilización en esta recopilación.

En los dos últimos Capítulos se estudia el nivel oracional de un subconjunto del total de la muestra caracterizado —señala la autora— por “la inmediatez comunicativa y constituir una representación de la variación social en Indias en la época” (p. 195). Para ello analiza 70 cartas de las que se conoce la relación entre emisor y destinatario así como el oficio del remitente y considera aspectos como la yuxtaposición, coordinación y subordinación, que ejemplifica ampliamente. En el análisis sintáctico interoracional el método seguido es el inductivo, por parecerle el más coherente para trabajar con textos escritos.

Las cartas privadas, testimonio precioso para muchos estudios, entre ellos la historia del español, se convierten en un feliz punto de encuentro en el que historiadores y filólogos coinciden en el objeto de estudio. Los primeros han utilizado ampliamente la citada edición de Otte y los segundos, a partir de ahora, disponen del trabajo de Marta Fernández Alcaide con el que habrá que contar para estudios filológicos y lingüísticos, tanto por la cuidada edición de los textos epistolares como por el análisis realizado.—
M.^a DEL CARMEN MARTÍNEZ MARTÍNEZ, Universidad de Valladolid.

Laura Larco: *Más allá de los encantos. Documentos sobre extirpación de idolatrías. Trujillo (siglos XVIII-XX)*. Lima, Fondo Editorial Universidad Nacional Mayor de San Marcos e Instituto Francés de Estudios Andinos, 2008, ilusts., 402 pp.

El contador Miguel Feyjóo de Sosa escribió en su *Relación descriptiva de la ciudad y provincia de Trujillo del Perú*, publicada en Madrid en 1763, que su obispado era de “una extensión considerable” (p. 56). No estaba errado en tal aseveración. Por entonces, la diócesis comprendía las provincias o corregimientos de Trujillo, Saña, Cajamarca, Piura, Chachapoyas, Luya y Jaén. Más aun, a diferencia de otras jurisdicciones eclesiásticas del Virreinato, la de Trujillo poseía dos particularidades: se extendía sobre las tres regiones naturales (costa, sierra y selva) y contenía una importante variedad de grupos humanos y, en consecuencia, de usos lingüísticos. De allí que Feyjóo reconociera que los prelados debían ejercer “continua vigilancia para el debido cumplimiento de su pastoral obligación” y que, a pesar de contar con la colaboración de vicarios y provisores, “siempre viven ocupados en dar las respectivas providencias” (p. 57).

La historia de la diócesis de Trujillo es poco conocida. Se cuenta con valiosas fuentes documentales y estudios monográficos, pero vistos en conjunto son insuficientes. Acaso la principal razón que explica la carencia de trabajos sobre esa región es la dificultad para acceder a sus archivos eclesiásticos, auténticos territorios ignotos. Por ello, celebramos el interés de Laura Larco por publicar un conjunto de 29 textos procedentes del Archivo Arzobispal de Trujillo, 27 de los cuales corresponden al periodo comprendido entre 1752 y 1834, y los restantes al año 1924. Se trata de expedien-

tes, la mayoría de ellos incompletos, relacionados con denuncias contra indios por practicar curanderismo y hechicería.

La atenta lectura de los expedientes ofrece interesantes perspectivas de análisis para el estudio no sólo de la historia eclesiástica, sino también social de la región norte del Virreinato peruano en la segunda mitad del siglo XVIII. El examen de los documentos pone en evidencia que los procesos realizados por la justicia eclesiástica no fueron consecuencia de alguna visita episcopal o de una campaña de extirpación de idolatrías. Aunque hay información sobre la realización de inspecciones llevadas a cabo por los obispos trujillanos a lo largo del siglo, no consta que se realizara alguna campaña de extirpación como las que tuvieron lugar en el arzobispado de Lima a lo largo del siglo XVII e inicios del XVIII. Durante la segunda mitad de este último siglo, el interés de los prelados en el norte del Virreinato se orientó a la promoción del bienestar de la población y la mejor administración de la diócesis, como se infiere, por ejemplo, de la “Prevención circular” a los curas doctrineros, fechada en 1782 y ordenada por el obispo Baltasar Jaime Martínez de Compañón, donde se les instruye a informar acerca de la economía, el comercio, la flora, la fauna y los recursos naturales de sus respectivas jurisdicciones. Tan sólo una de las dieciocho disposiciones se refiere a la religión de los indios. Allí se dice que es tarea del cura averiguar aquellas prácticas que “huelan” a supersticiosas. Pero se le advierte que antes de actuar deberá confirmar su existencia y sólo entonces podrá aplicar los medios más eficaces para extirparlas conforme al “carácter, inclinaciones, ideas y costumbres” de los indios. De este texto se desprende que la extirpación de la idolatría ha dejado de ser una prioridad en la agenda de los eclesiásticos. En otras palabras, la acción represiva ha dado paso a una actitud menos violenta.

La lectura de los documentos publicados por Larco muestra que las acusaciones estuvieron motivadas por conflictos personales. Así, por ejemplo, en 1761 María del Carmen Florián denunció a su madre, Bernarda, de “superticiosa y hechizera”, y que había “procurado siempre llevarla a los montes adonde los indios ganaderos, con quienes ha tenido mucha correspondencia, vicitándolos con frecuencia y regularmente de noche, por lo que ha concluido [...] que su madre debe de tener alguna mescla con semejantes vicios” (p. 79). Años más tarde, en 1774, Hilario de la Vega denunció a María de la Encarnación Chaihuac de ser bruja ante el cura de Paiján, tan sólo para distraer la atención de este último y de esa manera evitar que lo examinara acerca de la doctrina y castigara (p.184). Otras veces la calum-

nia es un móvil poderoso para que intervenga la autoridad eclesiástica. María Antonia de Azabache, india principal del pueblo de Huanchaco, fue asimismo acusada, en 1778, de “bruja” por otros indios, sin mayor fundamento (pp. 195-210). Algo similar sucedió con Manuela Vargas, residente en Carabamba, quien en 1809 fue sindicada como bruja por Juan Jerónimo de Paz, un indio de esa misma localidad. En el proceso se pudo determinar que el segundo había actuado movido por el deseo de venganza. Tiempo atrás Vargas había expulsado unos cerdos de Paz que habían ingresado a sus tierras y eso generó un violento altercado entre ambos (pp. 338-339).

Los expedientes publicados por Larco, como suele suceder con este tipo de fuentes, presentan algunas limitaciones. Contienen la fase preliminar del proceso, es decir las denuncias, los autos administrativos y los interrogatorios —en el mejor de los casos— mas no constan sus conclusiones, es decir las sentencias. Se trata de documentos incompletos, que para su correcta comprensión requerirían ser confrontados con textos contemporáneos a fin de contextualizarlos de mejor manera.

Más aun, el interesado en información sobre las prácticas religiosas andinas o nativas se sentirá seguramente defraudado, ya que tan sólo un expediente describe un ritual propiamente andino: la “mesa”; mientras que otros informan de ritos asociados a la práctica de la hechicería y brujería, en particular del aquelarre, una difundida creencia de origen europeo transplantada al imaginario americano seguramente por clérigos y frailes. Para ilustrar esto, citamos un caso. En 1786, María la O, una indígena que habitaba el pueblo de San Pedro de Lloc, fue denunciada de realizar a medianoche en su casa reuniones a las cuales asistían mujeres solteras y casadas, quienes se bañaban desnudas y untaban sus cuerpos con polvos blancos para volverse patos. Luego volaban a una laguna cercana para nadar y allí acudía “un chibato grande colorado hechando candela por su culo [...] y [...] una por una iban llegando a bezarle el culo al chibato”. Terminado esto, retornaban a la casa de María la O, donde luego de invocar el nombre de María, recuperaban su forma humana (pp. 213-214).

Para concluir, algunas observaciones acerca de la edición de los documentos. De un lado, la transcripción paleográfica no es muy cuidada: se observan algunas malas lecturas; de otro, la puntuación —cuando existe— habría requerido mayor cuidado, ya que es bastante arbitraria. Todo ello no hace fácil la lectura de los materiales publicados en este nuevo libro que, a pesar de las deficiencias mencionadas, merece ser consultado.—PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.

Miguel Luque Talaván (director y coordinador científico) *et al.*: *Enrique de Otal y Ric, diplomático y viajero*, Zaragoza. Imágenes del mundo, Colección “Aragón en los Archivos”, 4, Departamento de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Aragón, 2009, 497 pp., fuentes documentales e impresas, bibliografía del texto, catálogo y bibliografía del catálogo, láminas.

Gracias al impulso y tutela del Departamento de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Aragón ha visto la luz este amplio volumen, número cuatro en la colección “Aragón en los Archivos”, cuyo propósito es la recuperación de la memoria y “abrir las puertas de los archivos” para “llegar al conjunto de los ciudadanos”. La obra, que responde plenamente a tal objeto, es el catálogo de la exposición *Enrique de Otal y Ric, diplomático y viajero*, que ha permanecido abierta al público entre el 19 de enero y el 14 de marzo de 2010 en el paraninfo de la Universidad de Zaragoza.

La muestra ha exhibido un amplio conjunto de piezas artísticas, decorativas y documentales de todo tipo reunidas por Don Enrique de Otal y Ric (Fonz, Huesca, 1844-El Cairo, Egipto, 1895) durante el cuarto de siglo (1870-1895) en que fue diplomático en los más diversos destinos del universo de la centuria decimonónica. La colección pertenece en su mayor parte al Gobierno de Aragón desde que fue donada por sus sobrinas-nietas en 1987. Posteriormente ha sido completada con varias adquisiciones. El conjunto artístico tiene su sede habitual en el palacio de los Barones de Valdeolivos, en Fonz.

La exposición ha contado con la organización y buen hacer del profesor de la Universidad Complutense de Madrid en el Departamento de Historia de América I, Miguel Luque Talaván, comisario de la muestra y director científico de la obra. El catálogo ha sido dividido en dos ámbitos: el primero, dedicado a la historia de la familia Ric y de los linajes a ella vinculados, y el segundo al análisis de su vida y de su carrera como diplomático, prestando una especial atención a su estancia en China. La razón de esto último es porque el Celeste Imperio constituyó el destino donde más tiempo permaneció y del que proceden la mayor parte de los objetos reunidos por don Enrique.

En su estructura el catálogo presenta un índice prologado con cuatro firmas (pp. 11-18): la de María Victoria Broto Cosculluela, consejera de Educación, Cultura y Deporte; la de María de la Concepción de Otal y

Martí, baronesa de Valdeolivos, carlana de Aguilar, y señora de la Bujeda y de la Torre de Aguilar; la de Enrique Badía, alcalde de Fonz; y la de Gonzalo M. Quintero Saravia, embajador de España en la República islámica de Pakistán. Le sigue un texto amplio (pp. 21-141), elaborado por el comisario de la exposición, Miguel Luque, en el que se realiza una biografía exhaustiva y oportunamente contextualizada de Enrique de Otal y Ric. Arranca con la formación del personaje, una introducción prosopográfica sobre la política exterior española de la época y una narración de los principales destinos donde sirvió el ribagorzano. El siguiente apartado recoge el catálogo en sí, dividido a su vez en dos partes explicadas en fichas confeccionadas por quince autores: la primera (pp. 145-212) versa sobre los barones de Valdeolivos y su linaje, con inclusión de breves reseñas biográficas de los miembros más señalados de la familia y alusiones a otros aspectos significativos; y la segunda (pp. 213-485), con el título “perfiles biográficos de Enrique de Otal y Ric (1844-1895)”, recrea, por un lado, de modo genérico la formación académica del protagonista, su vida personal, las aficiones y el *cursus honorum*, rescatando en el empeño abundantes fotografías, álbumes variopintos, retratos de amigos y conocidos, múltiples diplomas, vestimentas, condecoraciones o simples souvenirs; el siguiente subapartado (“El celeste imperio en la vida de Otal y Ric”), recopila un abundante muestrario de porcelanas, papeles, textiles y artes decorativas adquiridos por el diplomático en sus años de servicio en el Celeste imperio; se suma a todo ello, un último subapartado intitulado “objetos de procedencia oriental —no china— adquiridos en el celeste imperio por Enrique de Otal y Ric”, que incluye piezas heterogéneas de Uzbekistán, Irán e Indonesia. Cierra el libro una abundante bibliografía.

Cabe destacar la singularidad, valor intrínseco y riqueza de todo el material compilado y felizmente expuesto. Su mérito no se ancla únicamente en su hermosura orgullosamente decimonónica, sino también en su interés *per se* y en el significado histórico y artístico.

La obra tiene el acierto de colocar en su contexto y su papel a un personaje que por poco conocido no deja de revelarse como indiscutiblemente interesante, “romántico en toda la dimensión histórica de la palabra” —como apunta una descendiente suya—, con una biografía variada, rica en originalidad y enjundiosa en aficiones. Don Enrique Otal y Ric, nacido en el seno de la linajuda familia de los barones de Valdeolivos, fue un diplomático español del siglo XIX, en concreto de su segunda mitad, en la época de la Restauración. Tras su formación en la Universidad Central de

Madrid, ejerció su oficio en destinos de tres continentes. Comenzó como secretario de tercera clase en la legación de España en China, Siam y Annam (1875-1878). En febrero de 1879 fue destinado a Turquía. A mediados de 1881 recaló como plenipotenciario en Buenos Aires, para las ratificaciones del Tratado de extradición entre Argentina y España, permaneciendo después en Argentina como secretario de Segunda Clase de la legación española hasta 1883. En junio de ese año recibió destino, también como secretario de segunda clase, en Grecia, donde residió hasta el mes de abril de 1885. Más adelante, entre esa fecha y 1894, tuvo plaza en el Ministerio de Estado en Madrid, como secretario de segunda clase desde el 2 de junio de 1881, y de primera clase a partir del 4 de marzo de 1890. El 12 de mayo de 1889 fue nombrado para la legación de España en La Haya (Países Bajos), con el cargo de secretario de segunda clase, tomando posesión del puesto en junio. A fines de 1894 se le designó ministro residente, agente y cónsul de España en Egipto, cargo que desempeñó hasta su muerte, por suicidio, el 19 de enero de 1895.

La vida, aficiones y obra del señor Otal y Ric tienen sentido y se entienden en el contexto de la política exterior española de la Restauración, enfoque que expone con profesionalidad y rigor el comisario de la exposición, Miguel Luque Talaván. Con este objetivo, el también director científico de la obra, relata con precisión las líneas directrices de la diplomacia hispana en los variados destinos en que sirvió Otal y Ric. La figura del legado oscense aporta matices, conocimiento y vivos colores a las relaciones internacionales españolas durante el periodo histórico de la Restauración. Política que en alguna ocasión ha sido definida como de “recogimiento” o aislamiento, en contraposición con la precedente de prestigio de la era isabelina, pero que se abre al mundo a través de los ojos escrutadores de don Enrique. Gracias al empeño recolector de este “viajero por profesión” y “observador por curiosidad” —parafraseando un pasaje de la edición—, sobrevolamos el mundo en la escala cambiante del siglo XIX, nos emocionamos con los relatos de sus cartas, reconstruimos los trazos desdibujados de la *realpolitik* hispana, y nos deslumbramos ante la belleza de las muestras artísticas.

Es de resaltar el esmero y suma calidad con que se ha elaborado la edición impresa. La exquisitez en las reproducciones fotográficas y la calidad del papel confieren al catálogo un toque de singularidad y un carácter innegablemente monumental. La obra constituye una contribución óptima a la difusión del patrimonio aragonés y español, al conoci-

miento de las relaciones internacionales durante el periodo de la Restauración, y al redescubrimiento de una figura original y singular en el mundo que le tocó vivir.—ROBERTO BLANCO ANDRÉS, Instituto de Historia, CSIC, Madrid.

Werner Mackenbach (ed.): *Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*, Tomo I, Guatemala, F&G Editores, 2008, 312 pp.

Este libro supone el primer tomo de una serie de cinco fruto del proyecto “Hacia una historia de las Literaturas Centroamericanas”, puesto en marcha en 1995 en la Universidad Centroamericana de Managua, Nicaragua.

En él participan relevantes figuras procedentes de centros de investigación latinoamericanos, estadounidenses, europeos, canadienses y australianos, signados por su común dedicación a las letras de “la cintura de América” y prueba fehaciente de la diáspora a la que se han visto sometidos muchos de los pensadores en este área de trabajo por el declive que vienen sufriendo las humanidades en el área centroamericana desde hace treinta años, sólo paliado en cierto modo por la organización periódica de los Congresos Centroamericanos de Estudios Culturales que se vienen realizando en diversas universidades de la zona desde el año 2007.

Afortunadamente el profesor Werner Mackenbach, conocido entre nosotros por haber editado, junto a Karl Kohut, la imprescindible *Literaturas centroamericanas hoy. Desde la dolorosa cintura de América* (Madrid, Iberoamericana, 2005), ha conseguido integrar los esfuerzos de los participantes en el proyecto, llevando a buen puerto una tarea marcada por la transdisciplinariedad y la diversidad de perspectivas. Así, resultan múltiples los enfoques desde los que se intenta contestar a la pregunta que se encuentra en la base de este proyecto, resumida en la siguiente frase: ¿Cómo, por qué y para qué escribir una historia de las literaturas centroamericanas?

En el volumen se generan preguntas como la pertinencia de calificar una determinada literatura de *centroamericana* —el artículo de Dante Liano resulta especialmente destacable en este sentido, así como su denuncia de la legitimación actual de los autores a través de grandes editoriales

globalizadas—; si ésta en realidad está constituida por literaturas nacionales sin conexión entre sí —lo que haría insostenible el término—; o, finalmente, la dilucidación de los rasgos específicos de las literaturas del istmo frente a las producidas en otros ámbitos. Esto, en un mundo signado por la globalización y la transferencia del conocimiento a escala universal, lo que hace aún más necesario —según se deduce del texto— ahondar en las identidades literarias para, además, colocar en el mapa una producción cultural tradicionalmente olvidada por la crítica y raramente visible en el canon literario latinoamericano.

Puesto que, como el propio título indica, se trata de realizar una historiografía literaria en Centroamérica, importa mucho el debate sobre el rol jugado por la literatura en la construcción de las identidades nacionales. El mismo Mackenbach subraya este hecho en la introducción del volumen: “La literatura ha funcionado [...] y sigue funcionando como instancia e incluso institución de construcción de identidades [...] individuales o colectivas. Su estudio sigue siendo importante para entender los procesos históricos y culturales y para comprender mejor cómo se moldean los comportamientos e identidades colectivos e individuales” (XXVI-XXVII).

Del mismo modo, resulta recurrente en los diversos trabajos la discusión sobre la figura del sujeto mestizo, central hasta nuestros días en la lectura de la historia de los diferentes países del istmo. En consecuencia, se abandona la visión occidentalista de la literatura para dar paso a nuevos aportes sobre el debate de qué significa escribir y ser en Centroamérica, lo que conlleva, asimismo, cambiar muchos de los términos utilizados en la periodización y conceptualización de los distintos movimientos artísticos, y dar entrada a nuevos agentes tal y como piden las teorías posmodernas y postcoloniales: géneros literarios considerados menores, voces —obviadas hasta ahora en razón de su sexo, opción sexual, clase, raza o ideología—, o instituciones borradas hasta ahora del mapa cultural.

Debemos felicitarlos, pues, porque los ensayos, inéditos y firmados por nombres tan conocidos en la teoría, la crítica y la historiografía literaria centroamericana como Dante Liano, Claudia Ferman, Ligia Bolaños, Patricia Fumero, Ricardo Roque Baldovinos, Francisco Rodríguez Cascante, Beatriz Cortez, Magda Zavala y el mismo Mackenbach, entre otros, prefieren abrir puertas al debate y rechazan los dogmatismos fáciles, herederos del positivismo decimonónico y que siempre esclerotizan el discurso intelectual. Se muestran así como verdaderas aportaciones críticas

tan necesarias como útiles, capaces de reinterpretar las relaciones existentes entre la literatura y la sociedad y susceptibles de ayudarnos a conocer en todos sus aspectos la magnífica escritura generada en el istmo.—FRANCISCA NOGUEROL, Universidad de Salamanca.

María Teresa Miaja de la Peña: *Del alba al anochecer. La escritura en Reinaldo Arenas*, México/Madrid/Frankfurt, Universidad Nacional Autónoma de México /Iberoamericana /Vervuert, 2008, 184 pp.

La profesora Miaja de la Peña (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM) presenta, en calidad de coordinadora, este nuevo trabajo sobre la obra del autor cubano Reinaldo Arenas (1943-1990). Tal y como se nos explica en la introducción, en este volumen colectivo se integran una serie de contribuciones fruto de la Cátedra Extraordinaria “Reinaldo Arenas. Lectura de su obra: del alba al anochecer”, impartida por la propia Miaja de la Peña en la UNAM. Asimismo, el trabajo se ve enriquecido por las colaboraciones de especialistas como Ottmar Etter (Universität Potsdam), Celina Manzoni (Universidad de Buenos Aires), Christopher Winks (City University of New York) y Kart Kohut (Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt).

En cuanto a su estructura, el texto se divide en tres secciones principales y un sugerente epílogo a cargo del profesor Kohut, quien lee la obra de Arenas a partir del ensayo *Saint Genet, comédien et martyr*, publicado por Sartre en 1952. En la primera sección, “La escritura intertextual”, se profundiza en la faceta del Arenas re-escritor de textos decimonónicos. En concreto, Ottmar Etter, Emiliano Mastache y Miaja de la Peña analizan la apropiación que Arenas llevó a cabo de la novela de Cirilo Villaverde *Cecilia Valdés* (1882) y de las *Memorias* (1856) de Fray Servando Teresa de Mier en *La Loma del Ángel* (1987) y *El mundo alucinante* (1968, edición francesa), respectivamente.

A continuación, se dedica el bloque más nutrido del volumen al estudio de la denominada “Pentagonía” areniana. Esta serie de novelas recorren un camino partiendo desde la infancia del autor en el oriente cubano hasta el dolor provocado al recrear la añorada isla desde el exilio estadounidense y la cercana muerte. Este proyecto novelístico llevó por subtítulo “una historia secreta de Cuba” y en él se cifran buena parte de las obsesiones de

Arenas, desde las de orden erótico, hasta las políticas, pasando por las literarias.

Así pues, y en primer lugar, Martha E. Patraca Ruiz se acerca a ese juego de ensoñaciones, lirismos y símbolos que es la primera de las novelas de este ciclo, esto es, *Celestino antes del alba* (1967). Por su parte, Julio César Cervantes López recurre a la noción de “polifonía” bajtiniana para explicar diversos aspectos de *El palacio de las blanquísimas mofetas* (1980, edición francesa). *Otra vez el mar* (1982), ecuador de la Pentagonía, se estructura en torno a dos secciones básicas donde escuchamos voces narrativas como la de la protagonista femenina anónima y la de Héctor, quien busca superar sus angustias a través del desdoblamiento. Jovita Franco y Beatriz Flores se encargan de identificar y explicar en su artículo las conexiones existentes entre ese recurso a la otredad y la búsqueda de la libertad. Aunque dentro de la estructura de la Pentagonía *El color del verano* (1991) ocupe la cuarta posición, estamos ante el último texto de ficción escrito por Arenas. En “La isla a la deriva, con sus caras y sus culos. Lo tardío transgresor en *El color del verano*”, Christopher Winks subraya que una de las claves de la novela vendría dada por el desvelamiento de un “secreto” vital para mantener el control social en Cuba y en el Occidente cristiano: “la forzada oposición entre el principio de la realidad y el principio del placer, o, como ha expresado sucintamente Octavio Paz, entre la cara y el culo” (p. 109). Por último, esta sección, titulada “La escritura en la Pentagonía”, se cierra con una contribución coral, escrita por todos los autores que participan en ella más Emiliano Mastache. El texto resultante lleva por título “*El asalto*. La agonía de un final o el final de una persecución”. En él se reflexiona sobre la coda pentagónica, es decir, la novela *El asalto* (1991), y la obsesión por la persecución, la falta de libertad y la muerte.

Finalmente, y amén del mencionado epílogo, el tomo se cierra con un nuevo bloque temático (“La escritura de la memoria”) que se acerca a la faceta de Arenas como autobiógrafo. En “La retórica de la autobiografía en *Antes que anochezca*”, Beatriz Flores se refiere al espinoso asunto de la relación entre realidad y ficción en las memorias de Arenas. Flores apunta a tres causas para explicar la confusión de ambos mundos. Así pues, alude a la interacción entre experiencia personal y modos literarios de recreación; a la palmaria actitud ideológica anti-revolucionaria de Arenas; y, por último, al hecho de que la visión del pasado queda mediatizada por su condición de disidente y perseguido político, pero además por el peso de tener que enfrentarse a una enfermedad terminal en el exilio.

Por su parte, Celina Manzoni, cuyo magisterio cabe situar también entre los antecedentes de este volumen colectivo, se acerca de nuevo en “Nocturno cubano” al texto autobiográfico. Manzoni insiste en el problema de la interpretación del texto a la luz de una presunta objetividad, de tal modo que indica que, de realizarse una ampliación del horizonte de lectura “a las complejas conexiones entre experiencia y escritura de la experiencia, en menoscabo de la petición de objetividad o de la ilusión de realidad, se produce un desplazamiento en la antes matemática identificación entre autor-narrador-personaje principal” (p. 146). Asimismo, Manzoni recorre, entre otros puntos clave del texto, los distintos saberes (familiares, políticos, eróticos, intelectuales) que surcan la biografía areniana, para terminar refiriéndose a la relación entre nocturnidad, exilio y creación literaria.

En fin, *Del alba al anoecer. La escritura en Reinaldo Arenas* ofrece un rico compendio de textos críticos centrados en buena parte de la obra narrativa del escritor cubano. De este modo, el volumen constituye tanto una invitación a la lectura de las obras literarias como un acicate para profundizar en un conocimiento más cabal de las mismas. Escrito por sus diversos autores con un estilo vivo y una erudición manifiesta, el tomo constituye una sustanciosa lectura para todos aquellos interesados en la vida y obra de este brillante narrador, que, en paralelo con el título de una de sus novelas, podría calificarse como “Reinaldo, una de las estrellas más brillantes de la literatura cubana contemporánea”.—EMILIO JOSÉ GALLARDO SABORIDO, University of Birmingham, Gran Bretaña.

Manuel Ortuño Martínez: *Prim y la intervención tripartita en México (Testimonios y documentos)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2009, 550 pp.

¿Por qué ocuparse de nuevo del general Prim y de su papel en la intervención tripartita en tierras mexicanas? Ortuño Martínez no duda en responder que, en la coyuntura de la conmemoración de los bicentenarios de las independencias de los países hispanoamericanos, es esencial no sólo contribuir al lazo de unión entre México y España sino reflexionar acerca de “si no ha llegado el momento de repasar cuál pudo y debió ser el papel de España frente a la novedad del hecho americano”. El autor considera que, debido a que éste no fue siempre el acertado, solo hay tres personajes espa-

ñoses cuya actuación política es grata a los mexicanos: Francisco Javier Mina, Juan O'Donjú y el general Prim. Él mismo se ha ocupado, tiempo atrás, de la figura de Mina y ha escrito varios libros sobre él, siendo el último *Vida de Mina. Guerrillero, liberal, insurgente*, publicado en 2008.

Su atención se centra ahora en el general Juan Prim y Prats, conde de Reus y marqués de los Castillejos, cuya determinación de no apoyar la invasión militar francesa en abril de 1862 y no comprometer a España en la ocupación del país merece ser recordada en la presente coyuntura. Para Ortuño, los críticos más inteligentes de su época y de los años posteriores supieron reconocer “en el talante político y militar del conde de Reus una inclinación pluralista y comprensiva de la realidad internacional de su tiempo, que superaba claramente al de la mayoría de sus contemporáneos, incluidos los gobiernos de la Monarquía”.

Hay otras razones que han llevado a Ortuño Martínez a interesarse por la figura de Prim. La primera es que la personalidad del Conde se presenta, a lo largo de la historia, “con la fuerza de un imán poderoso que retiene y llama la atención”. La segunda es que, si bien dicho personaje ha sido, últimamente, objeto de varias biografías en España, la intervención en México no ha recibido la debida atención. La tercera razón es que ha encontrado, en el Instituto de Historia cultural y militar, dos obras —*Estudio político-militar de la campaña a México* y *Antecedentes políticos-diplomáticos de la expedición a México*— publicadas a principios del siglo XX, en las que aparecen documentos desconocidos hasta el momento y que le han dado “respuestas positivas a ciertas preguntas insidiosas”. Una de estas respuestas podría ser, ateniéndonos a la lectura del libro, que, con su decisión de retirar las tropas españolas en la coyuntura de 1862, Prim cumplió con su deber, “defendió su honor y a la vez al gobierno, a la Reina y a la Nación española”.

Con el fin de demostrar su hipótesis, Ortuño ha recogido y ordenado la extensa documentación existente en diversos archivos y fuentes sobre la expedición tripartita en México y la gestión de Prim, lo cual ha dado como resultado el presente libro, que recoge 198 documentos y que está estructurado de la siguiente manera. En una “Nota previa”, el autor explica las razones que le llevaron a ocuparse del general Prim; en el Prólogo presenta una semblanza de la carrera política del Conde en España. Viene luego una Introducción en cuya primera parte se ofrece una apretada revisión histórica del México independiente y de sus difíciles relaciones con el entorno internacional y específicamente con España, metrópoli que no recono-

ció la independencia de su antigua colonia sino hasta diciembre de 1836. Así, Ortuño aborda el problema de las reclamaciones y convenciones españolas —origen de los desencuentros diplomáticos entre ambos países y de la llamada “cuestión de Méjico”—; las conspiraciones monárquicas; “la guerra de los folletos” (como yo misma la he llamado) a que dio lugar dicho asunto entre 1855 y 1860; el matrimonio de Prim con una rica heredera mexicana que residía en París y cómo a través de ella se relacionó con varios mexicanos, lo que trajo consigo que se fuera interesando en México y en el problema de la deuda; la razón de ser de su famoso discurso en el Senado de diciembre de 1858; la guerra de Reforma mexicana y la firma del Tratado Mon-Almonte en septiembre de 1859 entre el gobierno conservador de México y su contraparte española, así como su rechazo por parte del gobierno juarista; la misión en México del embajador Joaquín Francisco Pacheco en 1860 y la crisis diplomática que se desató al ser expulsado por el gobierno liberal triunfante; la crisis financiera mexicana al término de la guerra civil y la consecuente ley del 17 de julio de 1861 que suspendió, por dos años, el pago de la deuda extranjera, lo cual llevó a las cancillerías francesa, inglesa y española a pactar una intervención tripartita.

La segunda parte de la Introducción consiste en la presentación de cada uno de los 198 documentos, en la que Ortuño entra de lleno en el tema de su libro, que es el papel de España y del general Prim en dicha intervención. Los documentos se reproducen a partir de la página 75 y están divididos en 22 apartados: *Antecedentes*; *La cuestión de México*; *Instrucciones a los representantes*; *Desembarco español en Veracruz*; *El general Prim en La Habana*; *La expedición tripartita en Veracruz*; *Nota tripartita*; *Reuniones de los comisionados*; *Cartas del general Prim a su familia*; *Candidatura de Maximiliano*; *Monárquicos mexicanos*; *Delegados del tripartito en ciudad de México*; *Reacciones a la actuación del tripartito*; *Preliminares de la Soledad*; *Preparativos militares mexicanos*; *Correspondencia del general Prim (febrero-marzo)*; *Crisis entre los comisionados*; *Ruptura del convenio tripartito*; *Reacciones frente a la ruptura*; *Correspondencia del general Prim (abril-mayo)*; *España en México tras la ruptura*; *El general Prim en el Senado español*. El libro incluye una bibliografía dividida en dos apartados, la referente a la intervención y la centrada en Prim, así como un útil índice onomástico.

Lo novedoso de la recopilación llevada a cabo por Ortuño Martínez es que no sólo contiene documentos de las Cancillerías británica, francesa,

española y mexicana, de los comisionados de las potencias intervencionistas y de los distintos ministros plenipotenciarios involucrados en la intervención sino que reúne cartas de Prim a su madre, familiares y amigos, sus discursos en el Senado español en 1858 y 1862 e inclusive artículos de periódicos mexicanos y españoles que recogen el sentir de la prensa de ambos países. Su objetivo es que el lector, conforme a la máxima decimonónica de que los documentos hablan por sí solos, siga el desarrollo pormenorizado y con todo detalle de la invasión tripartita del territorio mexicano. A través de ellos dicho lector conocerá, señala Ortuño, “la enunciación de una política exterior española que Prim entendió y comprendió con una visión abierta, rompedora de las estrecheces y las limitaciones del ‘españolismo’ dominante”.

Prim y la intervención tripartita en México (Testimonios y documentos) consiste, por tanto, en una valiosa aportación al conocimiento de cómo se fue gestando la intervención tripartita en México y de cuál fue el papel del gobierno español, y en especial del conde de Reus, en la misma. Es una obra de lectura obligada para los investigadores españoles y mexicanos interesados en el tema. En este sentido, hubiera sido de gran utilidad que Ortuño Martínez hubiera puesto, al final de cada documento, el archivo o libro del cual ha extraído el material así como que, en la Introducción histórica que desarrolla, hubiera dado cuenta, y de manera puntual, de las fuentes de que ha bebido.—ANTONIA PI-SUÑER LLORENS, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México DF.

José del Rey Fajardo: *La Universidad Javeriana, intérprete de la “otredad” indígena (siglos XVII-XVIII)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana (Biblioteca General, Colección Javeriana Colonial), 2009, 192 pp.

Ahora que en varias naciones de América del Sur el indigenismo exaltado ha llegado al poder, no exento de bastante antiespañolismo, es gratificante el encontrarse con trabajos serios de prestigiosos historiadores, como los del jesuita aragonés padre José de Rey Fajardo, rector fundador de la Universidad Católica del Táchira, doctor *honoris causa* de media docena de Universidades y miembro de número de la Academia

Nacional de la Historia de Venezuela. Ha publicado más de medio centenar de libros sobre las mentalidades en el Nuevo Reino de Granada (Colombia y Venezuela), en las visiones culturales y sociales de las Misiones jesuíticas en la Orinoquia y en la Pedagogía jesuítica colonial. Muchos de estos libros están dedicados a los temas del jesuitismo de la Universidad Javeriana de Bogotá y del indigenismo, objeto también del libro que comentamos, *La Universidad Javeriana, intérprete de la “otredad” indígena*. En el 2007 apareció, quizá, su mejor libro al respecto: *Las misiones germen de nacionalidad* (Universidad Católica Andrés Bello-Pontificia Universidad Javeriana, Caracas-Bogotá, 2007, 984 pp.), en el que afronta el diseño de una nueva identidad en el marco de un esbozo de ciudadanía municipal y la toma de conciencia del significado de la frontera en las Misiones jesuíticas.

Anteriormente, y también dentro de la colección “Javeriana Colonial”, había publicado *Catedráticos Jesuitas en la Javeriana colonial* (Bogotá, 2002), *La Biblioteca de la Universidad Javeriana de Bogotá* (Bogotá, 2.^a ed., 2003) y *Facultad de Lenguas en la Javeriana colonial y sus profesores* (Bogotá, 2004). En colaboración con G. Marquínez ha alumbrado cuatro libros relacionados con la Universidad Javeriana: *Denis Mesland, amigo de Descartes y maestro javeriano* (Bogotá, 2003), *Breve tratado del cielo y los astros, del maestro javeriano Mateo Mimbela* (Bogotá, 2.^a ed., corregida y aumentada. 2004), *Física especial y curiosa del maestro javeriano Francisco Javier Trías* (Bogotá, 2005) y *Vida, obra y pensamiento del maestro javeriano Juan Martínez de Ripalda* (Bogotá, 2007). También, con ayuda de Luz María Cabarcas Santoya, editó *El archivo espiritual del maestro javeriano Francisco Javier Trías* (Bogotá, 2008).

Ante todo advertir que *La Universidad Javeriana, intérprete de la “otredad” indígena* es esencialmente una historia de la lingüística indígena, pues recoge la periodización del aporte de los hombres de esta Universidad a la historia de la filología neogranadina (1604-1767), en la que fija cinco grandes etapas que, en última instancia, se identifican con cinco grandes escenarios geográficos. Campo de investigación en que el padre José del Rey ha trabajado desde hace más de cuarenta años, pues ya en 1971 publicó su tesis doctoral titulada *Aportes jesuíticos a la filología colonial venezolana* (Caracas, Ministerio de Educación, 2 vols.). Además, en la década de 1970 diseñó el mapa filológico de la lingüística misional en el Centro de Lenguas Indígenas de la Universidad Católica Andrés

Bello, sin duda el mejor universo lingüístico de la Venezuela indígena colonial, que, lamentablemente, fue arrinconado cuando José del Rey Fajardo se trasladó a San Cristóbal a fundar y regir la Universidad Católica del Táchira.

En sus grandes luchas por la libertad y por la búsqueda de una empatía en pro de la aceptación de la alteridad, los jesuitas libraron en el mundo conocido del Renacimiento y del Barroco batallas trascendentales. Baste recordar las polémicas adaptaciones jesuíticas a otras culturas, como “los ritos chinos”, “los ritos malabares” en la India o la “República cristiana del Paraguay”, una de las empresas más audaces de la historia de las sociedades, de las culturas y de las creencias, que pasaría, tras la expulsión de la Orden en 1767, a convertirse en el mito jesuítico-guaraní. No cabe duda que los ignacianos, ante el reto de la asimilación de otras cosmovisiones, casi siempre han tenido una postura inteligente y sin miedo ante el riesgo de lo desconocido. Hay historiadores que se preguntan cómo estos religiosos lograron muchas veces construir una retórica de la credibilidad en su diálogo con las diversas sociedades en las que se insertaban. El punto de partida se afincaba en una vocación decidida para participar activamente en los procesos transformadores de un mundo nuevo que prometía el Humanismo, aunque fuese en acaloradas disputas en la misma Sorbona en pleno siglo XVI. Este reto les obligó a convertirse en exploradores de las culturas ajenas, lo que conllevó la transformación de las imágenes que ellos poseían de sí mismos y del mundo. En definitiva, se requería una gran flexibilidad para trascender los modelos culturales adquiridos a fin de poder adoptar otros nuevos, basados en la persuasión y en la simbiosis de las culturas. Y una de las claves del éxito fue el estudio y dominio de las lenguas indígenas.

Del Rey Fajardo distingue cinco etapas en la historia de la lingüística misionera en la Nueva Granada. El primer periodo se inicia hacia 1605 y se desarrolla en el corazón de dicho Nuevo Reino con la creación de la “Cátedra de la Lengua Chibcha” en el colegio Máximo, que devendría en 1623 en la Universidad Javeriana, y con la erección de la “Escuela de Lenguas” en la población indígena de Cajicá (1605), para la formación apresurada de lingüistas que pudieran dar respuestas rápidas al mundo chibcha. En este contexto surge una floración de centros que patrocinan y tratan de interpretar la cultura chibcha y de abrirle puertas para un sano mestizaje. Así nacen Cajicá (1605), Tunjuelo (1617) y Fontibón (1608), la única experiencia que perdurará hasta la expulsión de los ignacianos en

1767. En 1611 se funda el colegio jesuítico de Tunja con una vocación decidida hacia la población indígena.

El segundo periodo se abre en 1624 (veinte años después de haber llegado los jesuitas al Nuevo Reino) y, en cierto sentido, se trataba de trascender la geografía chibcha para ensayar proyectos novedosos más allá de sus fronteras naturales. De esta forma surgieron dos empresas lingüísticas que intentaban medirse con lo desconocido: el Real de Minas de Santa Ana (Tolima) y el de la Serranía de Morcote, realizándose el primer ensayo en el citado Real minero, en donde se daban cita obligada indígenas de diversos lugares del altiplano con sus idiomas diferentes, y por ello las autoridades eclesiásticas echaron mano de los “lenguaraces” (seglares prácticos en las distintas lenguas locales) jesuitas para afrontar la difícil problemática de este multilingüismo improvisado. El segundo era mucho más audaz pues, al insertarse en la Serranía de Morcote y jurisdicción de Chita, se dejaban atrás los dominios del chibcha para abrirse a otras provincias indígenas, ubicadas en el balcón andino que se asoma a los Llanos orientales colombianos, lo que significaba un paso trascendental, pues era iniciar un diálogo con nuevas y desconocidas naciones. Con todo, al mediar el siglo XVII, varias causas generaron el fin de la mayoría de los proyectos antes descritos. Por un lado, las exigencias del patronato regio imponían la entrega de las doctrinas al clero secular (“a la mitra”) en lapsos temporales muy precisos, con lo que los procesos de aculturación en manos jesuíticas tenían que interrumpirse. Por el otro, conforme iba avanzando el siglo XVII, fue disminuyendo la población que se expresaba en lengua vernácula y aumentó también el número de indios ladinos.

La tercera etapa abre sus acciones en 1661 desde las ilimitadas llanuras casanareñas del piedemonte andino hasta las proximidades del Orinoco. De esta suerte dejan a la espalda la unidad idiomática del chibcha para acometer el reto de la dispersión lingüística proveniente de la diversidad de naciones. Por estos ingentes espacios deambulaban etnias como los achaguas, sálivas, tunebos, giraras, airicos, guahivos y chiricoas y otros. Habían sido poblaciones abundantes en habitantes, pero estaban muy diezmadas a la llegada de los jesuitas en 1661. El cuarto periodo es el orinoquense (1731-1767), en el que se pasaría de la dispersión lingüística llanera a la atomización de una verdadera Babel orinoquense, con la presencia de múltiples naciones y tribus (caribe, maipure, chibcha, sáliva, otomaco, guamo, guahivo, yaruro, guaraúno y arauco, entre otras). Aunque la Compañía de Jesús intentó abrir acciones desde 1646, sin embargo habría que esperar

hasta el año 1731 para la consolidación de la empresa misional ignaciana. La gran arteria fluvial del Orinoco había sido la ruta para el expansionismo de ciertas naciones bélicas del centro y sur del subcontinente americano que implantarían una terrible esclavitud a los autóctonos de otras naciones más pequeñas, para venderlos a las industrias azucareras holandesas y francesas de las respectivas Guayanas. El quinto periodo se corresponde con el destierro en Italia (1767-1815), en el que los jesuitas expulsos filólogos, misioneros o no, se insertaron en las corrientes literarias europeas, principalmente a través de las obras de Felipe Salvados Gilij y Lorenzo Hervás y Panduro.

La estructura del libro tiene correspondencia con esta cronología, pues consta de cuatro capítulos, además de la introducción, la copiosa bibliografía y el útil índice onomástico. El capítulo 1.º (“Visión jesuítica de la lingüística chibcha”, pp. 17-62) describe en unas cuarenta páginas el encuentro con el mundo chibcha, las fundaciones de la cátedra de “Lengua chibcha” de la Universidad Javeriana y las de la “Escuela de Lenguas” de Cajicá y las Escuelas itinerantes, en un esfuerzo lingüístico colectivo y progresivo de los misioneros jesuitas, los cuales lo primero que hacían era estudiar las lenguas de sus respectivas circunscripciones. Se dedica un apartado a “La experiencia lingüística en las Minas del Real de Santa Ana”, en la cual los ignacianos neogranadinos de la Universidad Javeriana llevaron adelante entre 1624 y 1658?, en medio de los conflictos sociales que generaron estos enclaves mineros, la promoción humana y espiritual de tan atormentado conglomerado humano (negros e indígenas de múltiples tribus, cruelmente explotados) a través de sus propias lenguas.

El capítulo 2.º (“La lingüística llanera”, pp. 63-100) se centra en el original proyecto lingüístico que los jesuitas desarrollaron en el área llanera vertebrada fundamentalmente por los ríos Casanate y Meta, a partir de 1661. Se dedican apartados al estudio de la lengua y literatura de los achaguas, de los tunebos, de los guahivos y chiricoas, del grupo de los airico-girara-betoye, y a la lengua y literatura de los sálivas. Analiza las causas de los escasos vestigios que nos han quedado de estas culturas: el mosaico de culturas y etnias, el nomadismo, la destrucción de documentos que representó la expulsión de Carlos III en 1767, justamente lamentada por Humboldt (“Cuánto nos gustaría que se hubiera dado más libertad a los misioneros [...] en vez de dejar que las intrigas y el partidismo suprimiesen la orden de los jesuitas, destruyendo así con saña su obra en las más remotas partes de la tierra”), el poco eco que la literatura indígena tuvo en los

cronistas de la época, incluidos los mismos jesuitas, quienes consideraron la dimensión filológica como trabajo habitual y necesario dentro del proceso de “misionalización” y, en consecuencia, no atrajo la curiosidad informativa de los cronistas e historiadores de la época. Se trata de pueblos poco numerosos, nómadas y ágrafos, en los que, sin embargo, pueden detectarse vocabularios, gramáticas, diccionarios, refranes, adivinanzas, anécdotas, consejos, cuentos, leyendas, cantos rituales, escenificaciones coreográficas, sesiones de piachería y toda la mentalidad mágica que configura ese hábitat.

El capítulo 3.º (“El Orinoco o la Babel lingüística”, pp. 101-126) estudia las hablas del Oriente venezolano en la época colonial, es decir las dos grandes Provincias de Nueva Andalucía (creada en 1568) y Guayana. Después de reconocer el esfuerzo lingüístico desarrollado por los franciscanos, analiza la accidentada y novelesca aventura misional de los ignacianos franceses en las tierras del Caribe del Guarapiche (fachada atlántica del Oriente venezolano) entre 1651 y 1654. Es difícil imaginarse el esfuerzo de los jesuitas misioneros para adaptarse a la Babel orinoquense de un verdadero laberinto racial estratificado en varias capas étnicas (yaruros, otomacos, maipures, tamanacos, adoles, sálivas, etc.) y José del Rey lo hace guiado, fundamentalmente, por dos jesuitas expulsos, el italiano Felipe Salvador Gilij (Perugia, 1721-Roma, 1789) y el español Lorenzo Hervás y Panduro (1735-1809). Esta paciente labor lingüística de los misioneros no solo era pragmática, sino que vislumbran una problemática variada y denotan la preocupación por llegar a las razones últimas de la Filosofía del Lenguaje y, quizá, el empeño por parte de la Compañía de Jesús de implantar una lengua general para el complejo mundo de la Orinoquia.

El capítulo 4.º (“Los jesuitas expulsos en las enciclopedias ilustradas”, pp. 127-160) está dedicado al análisis somero de obras concretas de lingüistas bastante conocidos, como ponen de relieve los mismos rótulos de los apartados (“El *Ensayo de Historia americana* y la lingüística orinoquense”, “La *Idea dell’universo* de Hervás y su visión lingüística de la gran Orinoquia”, “El proyecto lingüístico de la zarina Catalina II de Rusia”, “*Mithridates*”, “Los haberes lingüísticos de la Biblioteca de Palacio de Madrid”). Es el lógico colofón a la historia de la Lingüística jesuítica neogranadina, pues esta historia de la filología misionera continuó en Italia, y más concretamente en los Estados Pontificios, a donde serían aherrojados los jesuitas neogranadinos, tras la expulsión decretada por Carlos III en

1767 contra todos los afiliados a la Orden fundada por Ignacio de Loyola. Aquel puñado de hombres, a quienes se les había privado hasta de la nacionalidad, se insertarían en las corrientes científicas y literarias prerrománticas europeas, y sus conocimientos idiomáticos pasarían a alimentar las grandes enciclopedias lingüísticas en un momento en el que la historia de la filología acometía grandes transformaciones. Y en este sentido las lenguas indígenas neogranadinas adquirieron ciudadanía internacional gracias a las obras fundamentales de Lorenzo Hervás y Panduro (*Idea dell'universo*) y de Johann Christoph Adelung (*Mithridates*), continuada esta última por Johann Severin, entre otros.

Lógicamente, José del Rey no pretendía agotar tan extensa temática ni sus fuentes. Así, apunta que en el Archivo de Indias se contienen algunos documentos más, como por ejemplo sobre la lengua sáliva. Nos presenta su libro como ayuda para que los investigadores sigan en la perenne búsqueda de tanto material indígena que yace dormido en los archivos. En efecto, la investigación de las lenguas indígenas no concluye aquí, pues cada día se abren nuevos horizontes en el campo del americanismo, desde el ámbito intelectual italiano, que está concediendo singular importancia al mundo jesuítico hispano conforme sus archivos se van dando a conocer y nos legan nuevas visiones que enriquecen lo que ha sido tradicionalmente admitido. Y lo mismo podríamos afirmar de los especialistas españoles que se interesan por la acción cultural de los expulsos, tanto en los Estados Vaticanos como en los territorios circunvecinos.

En resumen, este libro es una preciosa síntesis de muchos años de estudio de las culturas indígenas del jesuita José del Rey y se ubica en los espacios que abre el indigenismo neogranadino, pero se circunscribe a la labor desarrollada por los hombres de la Universidad Javeriana, en su proceso de acercamiento a las etnias autóctonas, a las que trataron de servir en el Nuevo Reino de Granada (1604-1767). Expresamente deja de lado la ingente, y en parte todavía inédita, producción lingüística llevada a cabo por las distintas órdenes religiosas y el clero diocesano. Es la historia del contacto para el encuentro de dos culturas que se expresaban en idiomas distintos y que necesitaban entenderse mutuamente. Estamos ante la “interpretación” del “otro” a través de la lengua, y en esta tarea el académico zaragozano Del Rey Fajardo no sólo ha dejado muchas horas de estudio sino también jirones de salud y vida para la dignificación cultural de las actuales Colombia y Venezuela.—ANTONIO ASTORGANO ABAJO, Universidad de Zaragoza.

Trocha 1435. Los ferrocarriles en Cuba, prólogo de Mercedes Herrera, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009, 372 pp., índice general, glosario, bibliografía, cuadros, gráficos, mapas, fotografías e ilustraciones.

Trocha 1437, título que hace honor al ancho de vía estándar de ferrocarril, es una verdadera novedad historiográfica, pues hace ya dos décadas que no se publica en Cuba un libro de historia de ese medio de transporte. La isla, privilegio poco común en América Latina, goza de un estudio general de magnífica calidad acerca del tema, *Caminos para el azúcar*, de Oscar Zanetti y Alejandro García Álvarez, publicado en 1987 (La Habana, Ciencias Sociales), y traducido al inglés en 1998, aunque excluyendo la parte referida al periodo posterior a 1959. Además hay otras obras anteriores que abarcan una cronología larga, las de Andrés Ximeno: *Origen y construcción de los ferrocarriles en Cuba* (La Habana, Rambla, Bouza y Cía., 1912); Luis V. de Abad: *Los ferrocarriles en Cuba* (La Habana, La Habanera, 1944) y Jorge Aldana: *Azúcar, minería: los primeros ferrocarriles de Cuba, 1837-1937* (Santiago de Cuba, Oriente, 1979). A partir de los años ochenta, sin embargo, la producción historiográfica disminuyó y, además, se realiza en el extranjero. Han escrito sobre los trenes en la Gran Antilla con una perspectiva de largo plazo Eduardo Moyano: *La nueva frontera del azúcar* (Madrid, CSIC, 1991), G. A. P. Leach: *Industrial steam locomotive of Cuba* (London, Industrial Railway Society, 1995), Adolf H. Wolf: *Trains of Cuba. Steam-diesel & electric* (Skookumchuck, Canadian Cataloguen, 1997), Jesús Sanz, coordinador, et al.: *Historia de los ferrocarriles de Iberoamérica, 1837-1995* (Madrid, CEHOPU, 1998), que analiza el caso insular dentro de la región antillana y aporta un gran volumen de datos económicos en un Cd-rom; Wildrid F. Simms: *Cuban national Railway* (London, Gadd's, 2004), y Christopher Walker: *Cuba, narrow gauge common carrier railroads* (London, Trakside, 2010).

De los estudios anteriores, los de Leach y Walker se dedican a los trenes de los ingenios azucareros y cuya extensión (más de 12.000 km) duplicó a la de las líneas de servicio público, en cuyo análisis se centran los demás trabajos. La nomina de la historiografía ferroviaria cubana, por otra parte, no es mucho mayor. Unas docenas de artículos en revistas especializadas y unos pocos libros analizan casos específicos, de determinadas regiones o compañías, y especialmente el del primer camino de hierro construido en la Gran Antilla, en territorio de la monarquía española y en

América Latina, La Habana-Bejucal, abierto al tráfico en 1837, sólo una década después que el británico Liverpool-Manchester.

La historiografía sobre el ferrocarril en Cuba, por tanto, adolece de falta de continuidad y actualización, de análisis comparados y acerca de casos, regiones y épocas concretas. *Trocha 1437* colabora a aliviar algunas carencias, especialmente en lo que respecta a los trabajos dedicados a problemas particulares, locales y específicos. El libro es resultado de un premio convocado desde hace años por el Ministerio de Transportes (MINTRANS) y el Museo del Ferrocarril, dependiente de aquél, y de una serie de reuniones que con carácter periódico convocan también esas instituciones y donde se presentaron las investigaciones galardonadas. Por eso, al reunir un conjunto de estudios elaborados con otro propósito, no para formar una obra colectiva, el contenido de ésta es muy disímil, aunque por lo general la mayoría de sus aportaciones son de buena calidad y algunas de ellas excelentes.

El libro comienza con un prólogo de Mercedes Herrera en el que detalla los pormenores de la obra y presenta un estado de la cuestión de los estudios de historia ferroviaria en Cuba, adjuntando, como anexo, un glosario de términos. Tras este trabajo se ofrecen al lector catorce artículos divididos en cuatro apartados (*Viajeras centenarias*, *Hicieron camino al andar*, *Entre el cobre y el níquel* y *Del hierro al papel*) y se concluye con una nota sobre los autores y una bibliografía. Es digno de elogio y una importante contribución que se haya hecho el esfuerzo de compilar y ordenar alfabéticamente al final todas las obras citadas en los distintos capítulos.

Es *Trocha 1435*, además, un libro muy evidente de historia al servicio de urgencias presentes. En Cuba hubo *vapor vivo* hasta 2004, cuando los ingenios dejaron de emplear las viejas locomotoras que usaban ese sistema de tracción, la mayoría centenarias. Desde la Oficina del Historiador de La Habana, el Museo del Ferrocarril y algunas otras instituciones locales se ha realizado un esfuerzo por preservar ese patrimonio, lo que lleva implícita la realización de investigaciones e informes de los que se beneficia este libro. En su primera parte —*Viajeras centenarias*— se presentan tres investigaciones al respecto, pero también otra dedicada a un coche que sirvió para el transporte de los jefes de Estado. El resto de los apartados reúnen igualmente otros estudios vinculados directa o indirectamente con proyectos conservacionistas, básicamente los firmados por Amaralys Robot acerca del tren de Hersey, José M. Villarroel Castro, que analiza las máquinas eléctricas, y Ana Isabel Roque Rodríguez, quien indaga es el peculiar caso de los planos inclinados de la vía de Pinares de Mayarí.

Viajeras centenarias se refiere a las antiguas máquinas que prestaron servicio en los ferrocarriles. Manuel Díaz Ceballos estudia la más longeva que se conserva en la Gran Antilla, “La Junta ¿Qué lugar ocupa entre las primeras locomotoras en Cuba?”. Antes que ella llegaron a la isla una veintena y el autor las enumera y analiza pormenorizadamente para detenerse después en la *decana*, ensamblada en 1842, en sus características técnicas, el servicio que prestó y la razón por la que ha sobrevivido en buen estado hasta hoy, expuesta al público en el Museo del Ferrocarril de La Habana.

Agustín Andrés Pérez Priegues: “La locomotora Maning no. 441: una derrota al olvido”, dedica su trabajo a otra *joya rodante*, la segunda más antigua conservada en Cuba, fabricada en 1873, y que también forma parte de los fondos del Museo del Ferrocarril. El autor explica cómo fue descubierta en un central en pésimo estado y cuáles fueron los avatares de su restauración. El estudio se completa con tres anexos que incluyen una ficha técnica y unos apuntes históricos de la Maning y una relación de los participantes en el grupo ARPA, que se hizo cargo de los trabajos para rehabilitarla.

Al igual que los estudios anteriores, pero en este caso sin análisis que lo acompañe, Agustín Andrés Pérez Priegues presenta en “Locomotoras centenarias” las fichas técnicas de 36 máquinas construidas entre 1842 y 1907, ordenadas por su antigüedad, incluyendo los casos de La Junta y la Manning, a las que únicamente adjunta unos gráficos clasificándolas según su fabricante, país en que se ensamblaron y ancho de la trocha. Las referidas fichas informan del nombre, número de serie, clase, ancho de sus ejes, empresa y país de fabricación, peso, presión del vapor, diámetro de las ruedas y de la caldera, diámetro y carrera del cilindro, esfuerzo de tracción, tipo y capacidad de combustible, capacidad de agua, clase de caldera y de frenos, tamaño del fogón, número de fluces, largo, ancho y alto del equipo, ubicación actual y observaciones, detallando el estado en que se conserva.

El último estudio de *Viajeras centenarias* es distinto de los anteriores, pues se dedica a un vagón de pasajeros, no a una locomotora. Eso sí, a un vagón muy especial, “El coche Mambí: reliquia tecnológica del ferrocarril”. Mariano García Rodríguez explica cómo salió de fábrica en 1912 junto a otros dos iguales, encargados por el presidente de la *Pennsylvania Railroad Company*, y cómo llegó a la Gran Antilla para prestar servicios a los directores ferroviarios y, posteriormente, a los presidentes de la República, incluido Fidel Castro. Además detalla sus características técnicas y mobiliario, que hoy pueden visitarse en las calles de La Habana Vieja,

y la razón de su nombre. Mambises eran los hombres que lucharon contra el ejército español en las guerras de independencia de Cuba.

Parafraseando a Antonio Machado, el segundo apartado del libro — *Hicieron camino al andar*— incluye seis trabajos dedicados a los casos concretos de cuatro ferrocarriles (Puerto-Nuevitas, Marianao, Júcaro-Morón y Hersey), de una región (Remedios) y un tipo de tracción (eléctrica). Lilian Maria Aróstegui Aróstegui explica en un ensayo bastante descriptivo la historia de “El Ferrocarril de Puerto Príncipe [hoy Camagüey] a Nuevitas”, caso muy particular en Cuba, pues fue uno de los primeros que se proyectó, pero prestó servicio en una región de la mitad este insular, que durante el siglo XIX apenas contaría con caminos de hierro debido a su baja densidad de población y al escaso desarrollo de la producción azucarera. La expansión de éstos por la zona tendría que esperar a la independencia, cuando el cultivo y procesamiento de la caña se extendió por ella y se conectó el oriente y el occidente del territorio. La autora detalla los avatares por los que atravesó la obra, que comenzó en 1837, el año que se inauguró el tramo inicial del primer tren en la Gran Antilla (La Habana-Bejucal), y tuvo como mentor a uno de sus próceres, Gaspar de Betancourt Cisneros, *El Lugareño*, pero aun así no fue posible abrir al tráfico algunos kilómetros hasta una década después y tuvo persistentes problemas financieros. El estudio termina con un alegato para investigar la historia de la línea camagüeyana, hoy abandonada.

Otro caso particular entre los trenes de Cuba, como indica el título de la investigación, fue “El ferrocarril de Marianao: un caso sui generis”, investigación firmada por Dolores Miriam Pérez Tarrau. Comparte con la anterior la característica de que no se trató de un proyecto azucarero y, sin duda, eso explica en parte las dificultades que atravesó, aunque la autora no es consciente de ello. Su propósito era enlazar La Habana con una localidad de su área metropolitana, hacia la que se expandía la ciudad y que, debido sus playas, servía de zona de recreo a sus habitantes y de segunda residencia a sus elites. Tras la compañía que se formó con el fin de construirlo estuvieron varios personajes y autoridades de renombre, y sobre todo el español Salvador Samá, apodado *el Rey de los ferrocarriles*. Recibida la concesión a finales de la década de 1850 y financiadas con la contratación de un empréstito en Londres, las obras progresaron con lentitud a causa de problemas con los terrenos en que se quería ubicar su terminal, añadidos al mencionado déficit de no contar entre sus ingresos con los que proporcionaba el transporte de los ingenios a otros caminos de hierro.

Fue necesario solicitar prorrogas para concluir las y, una vez inaugurado el tren, en 1863, en muy poco tiempo los propietarios se mostraron incapaces de hacer frente a las deudas contraídas. Esto explica, además, aunque la autora tampoco se haya percatado, que fuese uno de los primeros ferrocarriles cubanos que acabase en manos de capital británico, algo que sería muy usual sólo unos años después.

Los artículos de Carlos Manuel Mata acerca de “El ferrocarril militar de la Trocha de Júcaro a Morón” y de Amaralys Robot sobre el de “Hersey, tradición con catenaria”, abordan casos tan particulares como los anteriores. El primero fue una construcción militar que recorría el centro de Cuba, de norte a sur, para servir como baluarte y transporte de tropas. La zona fue la frontera de guerra durante la conflagración independentista de 1868-1878, la cual quedó enseguida circunscrita virtualmente a la mitad oriental de la isla. El estudio detalla los avatares de la construcción de la vía y sus fortificaciones, explica también su extensión hasta San Fernando, ya en tiempos de la siguiente guerra de independencia (1895-1898). Además menciona que fue el único de los trenes de la Gran Antilla que permaneció en manos públicas (después de 1898 pasó a ser propiedad de Estados Unidos), aunque su explotación estuvo arrendada en el siglo XX al *Cuba Northern Railroad* y luego a Ferrocarriles Consolidados. Termina el autor su capítulo examinando el estado actual de la Trocha. Aunque se encuentra abandonada, se han reparado partes de ella con fines conmemorativos y turísticos.

El estudio del ferrocarril de Hersey es el menos riguroso del libro. La autora lo plantea como un recorrido en tren que permite ir explayando su historia y características, con algunos errores graves, eso sí, como señalar que ciertos equipos que se siguen usando son los originales. Se trató de una línea peculiar por cuanto fue la primera en electrificarse completamente, pero además recorre un territorio que surcan los trenes de otras compañías, entre La Habana y Matanzas, enlazando sus bahías. La razón fue el renacer en la zona del cultivo y manufactura de la caña de azúcar durante el siglo XX, tras haber sido abandonado décadas antes por el agotamiento de sus tierras. El responsable, el chocolatero estadounidense Milton Hersey, fomentó un ingenio en la zona para asegurarse el abastecimiento de dulce de sus fabricas, tendió para su servicio un camino de hierro y lo prolongó hasta los muelles de los puertos más cercanos, prestando servicio público entre ellos.

Por el contrario, el estudio del “Origen y desarrollo del ferrocarril en Remedios”, escrito por Dely Capote Gamoneda, es sin duda el más brillante de *Trocha 1435*. Aborda el caso de una región de expansión azucarera

tardía en el siglo XIX, vinculada a la construcción del, por entonces, mejor medio de transporte terrestre que se conocía. Por eso compitieron en la zona diversos intereses y sus proyectos de apertura de líneas; por eso también fue un caso temprano en Cuba de fusión entre empresas de caminos de hierro, por eso y por la competencia que los trenes industriales de los ingenios ejercieron a partir de la década de 1870 sobre los de servicio público. En la comarca surgió, no el primer central establecido en la isla, pues hubo algunos otros antes, pero sí el primero en contar con su propio ferrocarril. Hablamos del Zaza, pero también de su propietario, Julián de Zulueta, uno de los hombres más ricos del orbe en su momento y el mayor hacendado de la Gran Antilla.

Otra magnífica aportación de *Trocha 1435* es el análisis de José M. Villarroel Castro sobre “Los trenes eléctricos en Cuba”, dedicado a los tranvías. Analiza el autor los antecedentes de esa forma de transporte y su dedicación al servicio urbano de pasajeros fundamentalmente, y lo hace, además, con una perspectiva comparada, latinoamericana, una rareza en la historiografía insular. El trabajo describe pormenorizadamente la historia de tales ferrocarriles, comenzando por La Habana, donde alcanzaron mayor expansión, aunque sin dejar al margen en resto del país, para estudiar posteriormente las causas de su decadencia, cuando tuvieron que competir con el tráfico automotor, pero también sus vínculos con la producción de energía eléctrica y su impacto en el medio físico y en la formación de paisaje.

Las dos últimas partes de *Trocha 1435* incluyen cuatro artículos más, dos dedicados a trenes industriales, pero no de ingenios, sino de empresas mineras, y otros dos a aspectos relativamente accesorios de la historia ferroviaria: el surgimiento de la señalización y los trenes y la filatelia.

Es especialmente interesante el caso de los “Planos inclinados de Pinares de Mayarí: un ferrocarril industrial de montaña”, camino de hierro que se construyó con esa solución técnica para el servicio de las minas de níquel en el oriente de Cuba y que actualmente son un espacio protegido. La autora de su estudio es Ana Isabel Roque Rodríguez. También tiene cualidades dignas de mención el trabajo de Luisa Pérez Paredes sobre el “Ferrocarril de El Cobre a Punta de la Sal”. Igualmente en la mitad este de la isla se desarrolló durante las décadas de 1830 y 1870 la explotación de unos yacimientos cupríferos conocidos desde poco después de la conquista de la Gran Antilla pero de los que se había obtenido hasta entonces escaso rendimiento. Para llevar su producción a puerto se tendió una carrilera movida básicamente por la fuerza de la gravedad, aprovechando el desnive-

vel del terreno. Tanto la actividad que dio origen a ese medio de transporte como este último han sido objeto de varias investigaciones, pero la aportación de la autora es significativa por cuanto revela documentación novedosa y responde a algunas cuestiones que aún estaban sin resolver o para las cuales es posible un abordaje desde distintos puntos de vista.

El estudio de Ricardo Eduardo Aguiar Castro —“Surgimiento de la señalización ferroviaria”— es el más técnico del libro. De hecho el autor es ingeniero especialista en el tema y el rastreo de su historia se debe a motivos vinculados con su dedicación profesional. El trabajo tiene el interés de analizar para el lector problemas que rara vez cuentan con una investigación tan detallada. Finalmente, el capítulo firmado por Odalys López Baños y Marta Macías Pérez, “Los ferrocarriles en la filatelia cubana”, comparte la originalidad del anterior y presenta una relación de los sellos emitidos, directa o indirectamente vinculados con los trenes, analizando aspectos como sus características, su cronología, sus porqués.

Una rica y variada selección, muestra amplia, por otra parte, de la investigación que se está desarrollando hoy en día sobre la historia ferroviaria cubana y de los temas que ocupan y preocupan son, por tanto, las características de *Trocha 1435*. Independientemente del valor de los estudios que agrupa, indudable en muchos casos, reiteramos que el libro es una novedad por cuanto hace varias décadas que no se publicaba en la Gran Antilla nada al respecto y esperamos que tras él no tengamos que esperar tanto tiempo para que vean la luz otras obras. Una nota final pero no por ello menos importante, es que no se puede dejar de mencionar la amplia colección de fotografías, mapas y otras iconografías que acompañan al texto, de gran valor casi todas, aunque por problemas de falta de recursos para una edición mejor no se presentan con la calidad que nos gustaría y, sobre todo, que gustaría a los responsables.—ANTONIO SANTAMARÍA GARCÍA, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC.

Susana Truchuelo García (ed.): *Andrés de Urdaneta: un hombre moderno*, Ordizia, Ayuntamiento de Ordizia, 2009, 719 pp.

El homenaje de sus paisanos al marino, cosmógrafo y religioso Andrés de Urdaneta ha tenido una buena coronación con este interesante libro, en el que se recogen las ponencias presentadas en el Congreso

Internacional celebrado en la villa guipuzcoana de Ordizia —del 25 y el 28 de noviembre de 2008—, con motivo del quinientos aniversario del nacimiento del navegante vasco. La edición, a cargo de Susana Truchuelo, es más que correcta y por ello hay que felicitar al Ayuntamiento, pues son muchas las reuniones científicas que se celebran a lo largo del país, dedicadas a sus “glorias locales”, que se quedan en comilonas, loores y alharacas. Nada que ver con el caso que nos ocupa, pues el Ayuntamiento de Ordizia editó en 2008 el libro *Urdaneta y su tiempo*, de José Ramón de Miguel Bosch (en realidad, una segunda edición corregida y aumentada de *Urdaneta en su tiempo*, Donostia-San Sebastián, Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa, 2002).

La publicación recoge veintidós trabajos, tras una breve presentación de la editora, reunidos en seis secciones: “Urdaneta en la historia”; “Repasos biográficos”; “Entorno social de Urdaneta”; “La cuestión del Tornaviaje”; “El galeón de Manila”, y “Urdaneta y Filipinas”. Es difícil no encontrar interferencias y préstamos entre unas y otras, por lo que la división no deja de ser artificial y un tanto desorientadora. Porque uno de los “peros” que se le puede achacar al libro es la repetición de la biografía “consagrada” de Urdaneta en demasiados capítulos, sin aportar nuevos datos o nuevas interpretaciones. Por ello, me gustaría centrar mi trabajo en aquellos aspectos novedosos sobre la vida y las labores de este marino-monje universal.

Antes de meterme en materia, quiero citar algunos trabajos de gran mérito, pero que no se ocupan directamente del personaje. Sin duda son interesantes para conocer el entorno, las circunstancias y las consecuencias del gran hallazgo que lo catapultó al Olimpo de los grandes exploradores universales: el tornaviaje en la navegación del Océano Pacífico, pero que, debido a la extensión de esta reseña, sólo puedo citarlos sin más. A su ciudad natal y a su patria guipuzcoana están dedicados los capítulos de Susana Truchuelo García (“En aquel lugar que dicen Ordizia...: Aproximación político-social a la villa natal de Andrés de Urdaneta, siglos XIII-XVI”) y Álvaro Aragón Ruano (“La evolución de la economía guipuzcoana en tiempos de Urdaneta: un periodo de desarrollo y expansión entre supuestas crisis”). Más numerosos son aquellos que abordan la importancia de las Filipinas y del Sureste asiático en el Imperio español, lo que explicaría la presencia del ordiziarra en aquellas lejanas latitudes; a esta “sección” pertenecerían las contribuciones de Armando Francisco Azúa García (“Imperio y Especies. Las Molucas y el comercio de especias en el proyec-

to de las monarquías ibéricas”), Miguel H. Fernández Carrión (“Andrés de Urdaneta a partir de su biografía”), Jean-Nöel Sánchez Pons (“Tiempos Malucos. España y sus Islas de las Especias, 1565-1663”), M.^a Monserrat León Guerrero (“Urdaneta finalmente consigue el sueño asiático colombino”) y Pedro Insua Rodríguez (“Filipinas como escala hacia China”). Otros tres trabajos nos ilustran sobre varios aspectos de la travesía y la carga del galeón de Manila, todos ellos con interesantes aportes: Leoncio Cabrero Fernández (“Alegría, tristeza y ansiedad en la travesía del Galeón de Manila”), Ana Ruiz Gutiérrez (“Legados artísticos registrados en la ruta del Galeón de Manila”) y Benito Legarda y Fernández (“El comercio de Filipinas con el Sudeste asiático durante la época del Galeón de Manila”), si bien a esta última aportación, una de las más novedosas para el lector español, le falta desarrollar la bibliografía e introducir la autoría del interesante apéndice que la cierra.

Por último, Antonio García-Abásolo encuadra la figura de Urdaneta dentro del colectivo de vascos que participaron en la expansión hispana en el Pacífico, un laborioso trabajo que debemos al empeño de este catedrático cordobés por cuantificar la emigración a Filipinas a partir de una ingente y variada documentación (“Compañeros y continuadores de Urdaneta. Vascos en la nueva ruta de la seda”). En esta ocasión, se adentra en la vida de algunos de ellos gracias a la información generada por su fallecimiento. Completando el anterior trabajo, Juan Gil, tras escudriñar a fondo la sección de Patronato del Archivo General de Indias, amén de otros repertorios documentales, se centra en los marinos y funcionarios vascos que intervinieron en el viaje de García Jofré de Loaysa, la primera expedición a la Especiería tras la estela de Magallanes y Elcano, surgiendo un caleidoscopio humano de gran interés, pues afloran las redes de los vascos, sus intereses y alianzas, enmarcadas en la multitud de marinos y viajeros de Europa que se lanzaron a la aventura del Pacífico. Su lectura enriquece nuestros conocimientos sobre la jornada del comendador de Malta, que partió de La Coruña con siete naves el 14 de agosto de 1525, al mismo tiempo que encuadra a Andrés de Urdaneta en las glorias y miserias de su época. Entre los hallazgos del meticuloso don Juan destaca que el joven ordiziarra se enroló en la flota de Loaysa como “criado del capitán Johán Sebastián”. Un criado que, curtido en la vida de la mar, conseguiría arrancarle algunos de sus secretos. Otras figuras analizadas son Martín Íñiguez de Carquizano, Juan de Goiri, el bilbaíno Juan de Menchaca, Martín García de Carquizano, el montañés Juan de Mena, etcétera. Muchos de los episo-

dios que recoge el profesor Gil suceden en las Molucas, hogar a la fuerza de los españoles, que Urdaneta conoció bien, dejándonos varias descripciones sobre la naturaleza, sus pueblos y costumbres, como analiza Manuel Leao Marques Lobato (“Pájaro sin alas. Acción política de Andrés de Urdaneta y su descripción geo-estratégica de las islas del Maluco”).

Sobre la historiografía y la documentación acerca de Urdaneta, el libro contiene varios capítulos. El más extenso de todos está firmado por Patricio Hidalgo Nuchera, quien ha realizado un trabajo que será imprescindible consultar en el futuro (“La figura de Andrés de Urdaneta en la historiografía indiana, conventual, documental y moderna”). La rigurosidad y la profundidad de sus conocimientos es tal que, sobrepasando lo prometido en el título, redacta una biografía crítica del personaje, centrándose en tres aspectos fundamentales: los errores repetidos y difíciles de desterrar, las novedades que han abierto nuevos campos para el conocimiento del marino y un listado de lo que falta por hacer. El trabajo de Hidalgo Nuchera, que abre el libro, es extraordinario, y hay que reconocer su profundo conocimiento del personaje y de la época. En la misma línea de resaltar los documentos que se guardan en los repertorios nacionales e internacionales hay que situar las aportaciones de Neida Jiménez Navarro (“Reseñas sobre Andrés de Urdaneta en los fondos documentales en los archivos españoles”) y de Tarsicio García Díaz (“San Agustín de México: última morada de Andrés de Urdaneta y los Fondos de Oriente en la Biblioteca Nacional”). Ninguno de estos últimos trabajos descubre nada nuevo, aunque se leen con agrado y listan los principales documentos relacionados con Urdaneta y la empresa de Oriente en México y España. Otro tanto sucede con el trabajo dedicado al Santo Niño de Cebú por el agustino Fernando Campo del Pozo (“Hallazgo del Santo Niño de Cebú y fray Andrés de Urdaneta”), que documenta el hallazgo de una imagen del Niño Jesús, regalada por Magallanes a unos nativos del pueblo de Cebú, cuya devoción fue creciendo con los años, así como su fama de “milagroso”.

El resto de trabajos que componen la obra pueden dividirse en dos grupos: los dedicados a la biografía de Urdaneta y los que especulan sobre el tornaviaje. Al primero pertenece la contribución del padre Isacio Rodríguez Rodríguez (“Andrés de Urdaneta, agustino, 500 años del descubridor del tornaviaje”), quien se centra en los errores, falsedades y mitos sobre nuestro marino, alejándose así de las laudatorias biografías conventuales que se escribieron con poco rigor histórico. El padre Isacio sigue el camino de los religiosos que iniciaron la tarea de desmontar el Urdaneta de

bronce que las crónicas —agustinas o no— habían creado con numerosos errores, destacando investigadores de la talla de Fermín de Uncilla (agustino) o Mariano Cuevas (jesuita). A este último se le recuerda por haber dado alguna luz sobre la estancia de Urdaneta en México antes del tornaviaje, una de las épocas más oscuras de su vida. Aportó su nombramiento de corregidor de la mitad de los pueblos de Ávalos, el encargo de la visita de algunos pueblos comarcanos a su corregimiento y, finalmente, su nombramiento como almirante de la armada que iba a ser enviada al Perú para pacificar la rebelión contra el rey y que quedó en tierra por la muerte de Gonzalo Pizarro. Siguiendo con los descubrimientos novohispanos, Thomas Hillerkuss puso en relación la entrada de Urdaneta en la Orden de San Agustín —fecha que descubrió Mariano Cuevas: el 20 de marzo de 1553— con las deudas acumuladas con la Real Hacienda durante su gestión en Ávalos. En su contribución al libro que reseña (“Andrés de Urdaneta y sus años de funcionario en el occidente novohispano”), Hillerkuss aporta nuevos datos, contextualizándolos con gran maestría, y nos muestra a Urdaneta como leal funcionario al servicio del virrey Mendoza, tejiendo un magnífico expediente salvo por una mancha: el dinero que no integró a la Real Hacienda en 1547. Sin embargo, la deuda tuvo que ser reparada con rapidez, pues de lo contrario no se puede entender el que fuese nombrado en 1552 de nuevo corregidor de Ávalos. Queda, por tanto, sin explicar la causa de su ingreso en religión: “Quizá, quiso —señala el citado historiador— buscar un hogar, después de tantos años de andariego entre tres continentes, y sentirse por fin parte de una “familia”, de los hermanos agustinos”.

Por último, dos capítulos son reunidos bajo el título de “La cuestión del tornaviaje”. La aportación de José Antonio Cervera Jiménez (“El trabajo científico de Andrés de Urdaneta”) es un resumen de lo defendido hasta ahora por varios autores, siguiendo de cerca los libros de los agustinos Isacio Rodríguez y J. Álvarez: la negativa de Urdaneta de crear un asentamiento en las islas Filipinas y sólo visitarlas para rescatar españoles, la controversia con Juan Pablo de Carrión, el acatamiento de la decisión real cuando ya se encontraba en pleno océano, la llegada a Cebú el 27 de abril de 1565, el inicio del tornaviaje el 1.º de junio del citado año y la llegada a Acapulco el 8 de octubre siguiente tras hacer alcanzado y seguido la corriente oceánica del Kuro-Shivo. Sobre el viaje de Rodríguez de Arellano, quien, tras separarse de la expedición, llegó a Nueva España dos meses antes de Urdaneta en un pequeño pataché de sólo veinte hombres,

bautizado *San Lucas*, afirma que fue probable el viaje siguiendo a “algunos investigadores que han estudiado la *relación* de Arellano en profundidad”. Más originalidad presenta el trabajo en su segunda parte, donde analiza el problema de la longitud geográfica y los cálculos de Urdaneta, concluyendo que las Filipinas quedaban del lado portugués del contrameridiano, y un asunto revelador: que los agustinos utilizaban la obra de Copérnico a pesar de estar prohibida por la Iglesia. Finalmente, el capitán de la Marina Mercante, José Ramón de Miguel Bosch (“Las dificultades náuticas del tornaviaje”), analiza detenidamente los pormenores del viaje de regreso a la Nueva España (provisiones, pertrechos, recambios, tamaño y condiciones de la nao San Pedro, mediciones y trayecto), donde se unieron intuición y experiencia para culminar uno de los éxitos navales más importantes de todos los tiempos.

En resumen, *Andrés de Urdaneta, un hombre moderno*, es un volumen que pasará a la historiografía del Pacífico más como compendio de lo conocido hasta ahora —incluyéndose la titánica labor de desterrar los mitos que recubrían a Urdaneta con varias capas— que por los nuevos hallazgos, aunque también los hay y muy significativos. Pero el esfuerzo ha valido la pena, pues en un solo volumen se recoge todo lo que tiene que leer el próximo investigador del gran marino de Ordizia, al que le recomiendo hacerse también con la biografía de José Ramón de Miguel Bosch, igualmente editada por el citado Ayuntamiento, que rige una ciudad ejemplar en sus apuestas culturales.—SALVADOR BERNABÉU ALBERT, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC.

Ana Vián Herrero: *El indio dividido. Fracturas de conciencia en el Perú colonial. Edición crítica y estudio de los Coloquios de la verdad de Pedro de Quiroga*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2009, 572 pp.

Nadie está más preparado para editar la obra capital de Pedro de Quiroga (Medina del Campo 1510-Cuzco 1588-1592) que Ana Vián, que lleva enfrascada en su estudio —y en el análisis del diálogo renacentista en general— desde 1990, como ella misma advierte en el capítulo preliminar. Huelga decir, por tanto, que este libro marca un verdadero hito en la comprensión de un tratado plagado de dificultades. Pero como Ana Vián no

necesita incienso, más vale ir al grano. Empecemos, pues, por comentar un documento no atendido hasta ahora y que toca de lleno la vida del autor de los Coloquios.

En efecto, nuestro Quiroga fue tío abuelo de otro vecino de Medina del Campo, Luis Téllez de Ormaza, a quien envió a llamar desde el Cuzco, sintiéndose ya viejo, “para dexalle su hazienda”. Al recibir la carta, el padre de Luis presentó el 6 de julio de 1579 ante el licenciado Noguerol, teniente de regidor de dicha villa, la siguiente petición (AGI, Indiferente, 2091, n.º 13): “Muy magnífico señor: El liçençiado Téllez de Dueñas, vezino d’esta villa, padre y legítimo administrador de Luis Téllez de Ormaça, mi hixo, y de doña Ysavel Bravo, mi legítima muger, digo que el canónigo Pedro de Quiroga, hermano de María Téllez, mi madre, defunta, muger que fue de Antonio de Dueñas, mi padre, a muchos años que hestá en Yndias en la çiuðad de Cuzco, adonde hes canónigo de la dicha çiuðad y visitador general del ovispado d’ella, el qual me a hescrito y pedido le envíe al dicho mi hixo, y lo e dexado de hazer hasta agora por tener poca hedad; y al presente le quiero inbiar a la dicha çiuðad, y conviene que conste a Su Magestad y a los señores del su muy alto Consexo de Yndias ser soltero y por cassar y de hedad de veynte y dos años poco más o menos; y que el dicho Pedro de Quiroga, mi tío, al presente está en Yndias en la dicha çiuðad del Cuzco, donde hes canónigo; y ansimismo que yo y la dicha doña Ysavel Bravo y el dicho mi dixo somos vezinos y naturales d’esta villa y desçendientes de dixos de algo, sin thener rza ni mezcla de moros y judíos. A v. m. pido y suplico resçiva informaçión de como hes verdad todo lo por mi dicho y lo que en el caso dixeren y declararen los testigos que presentare...”.

Prestaron testimonio en la probanza subsiguiente Martín Ruiz de Ortega (de 66 años de edad), Juan de Álamos de Barrientos (de 60 años), Miguel Cuadrado (de 69 años), Antonio de Villegas (de 57 años) y Francisco de Ovalle (de 50 años), todos ellos vecinos de Medina del Campo, que certificaron la hidalguía de la familia (también la de Sebastián Bravo y la de Ana de Ordás, los padres del licenciado Téllez) y la legitimidad del nacimiento de Luis Téllez de Ormaza. Pues bien, para fijar cronológicamente la vida de Pedro de Quiroga, es de máxima importancia lo que se dice en la pregunta sexta del interrogatorio: “Yten si saven que el dicho Pedro de Quiroga hestubo en Yndias diez y ocho años en la dicha çiuðad del Cuzco y en otras partes, y vino a hesta villa podrá aver doze años, y volvió a la dicha çiuðad del Cuzco podrá aver diez años; y al dicho tiempo qui-

so llevar consigo al dicho Luis Téllez de Ormaza, y lo dexó de hazer por ser muchacho de poca edad; y después a hescrito que le enbían al dicho Luis Téllez de Ormaza a la dicha çiudad o a otro hixo de mí, el dicho liçençiado Téllez de Dueñas, y no lo e podido hazer hasta agora, porque de seis hixos barones que tengo, los quatro son frayles dominicos y pedricadores, y el otro, que se dize Françisco de Dueñas Ormaza que hes mayor que el dicho Luis Téllez de Ormaza, es moço muy enfermo”.

En efecto, esta información nos da la fecha aproximada —hasta ahora desconocida— del año en que Quiroga fue por primera vez a las Indias y volvió a España: su paso tuvo lugar hacia 1549-1550 (hacia 1546-1547 lo fecha Vián), su tornaviaje en 1567-1568 y su regreso al Perú en 1569-1570 (gracias al registro de pasajeros [AGI, Contratación, 5537, libro III, f. 396v] podemos precisar el año exacto: 1570), el periodo precisamente en que debió de escribir sus *Coloquios* —o pasarlos a limpio— y dedicarlos al cardenal Gaspar de Quiroga. La dedicatoria surtió efecto de inmediato, pues el 20 de noviembre de 1569 el rey Felipe II indicó al obispo de Cuzco o, en su defecto, al provisor o vicario general, que presentaba a una canonjía de esa Iglesia, vacante por muerte de Antonio González, a “Pedro de Quiroga, clérigo presbítero”, vista su “sufiçiençia e idoneidad” (AGI, Contratación, 5792, f. 83-83v). Y “Pedro de Quiroga, clérigo, canónigo del Cuzco, natural de Medina del Campo, hijo de Diego de Quiroga y de María Velázquez”, se lee en el despacho que le dieron los oficiales de la Casa de la Contratación el 19 de julio de 1570 en la nao del maestre Gaspar Montero (AGI, Contratación, 5537 citado). No parece probable, pues, que Quiroga fuese un franciscano, como supuso Rípodas y acepta Vián.

El joven llamado desde el Cuzco, Luis Téllez de Ormaza, pasó efectivamente a Indias, pero más tarde: ignoro por qué razones. Los oficiales de la Casa de la Contratación le dieron la licencia correspondiente el 2 de marzo de 1582: “se despachó al Perú por soltero, por cédula de Su Magestad, en la nao de Juan de Herrezuelo” (AGI, Contratación, 5538, libro I, f. 356r o 413r). Alguna huella habrá quedado de su estancia en el Nuevo Mundo, pero no tengo documentos que la atestigüen.

Ofrezco a continuación, muy brevemente, una sinopsis del libro. En el segundo capítulo, que resume la vida y andanzas de nuestro autor, se propone como fecha de composición de los *Coloquios* los años 1569-1570, concordando con la nueva política de un gran organizador, el virrey Toledo. La fecha indicada coincide plenamente, como se ve, con lo dicho en la información citada más arriba. El tercer capítulo está dedicado al contexto

histórico en que fue escrita la obra: la época de reformas de don Francisco de Toledo, una época en que, como se desprende del *Coloquio I*, se aceptaban ya tanto la conquista como la existencia de tributos y repartimientos, criticándose únicamente los excesos de los encomenderos; pero una época también en la que habían fructificado las ideas de Las Casas y se empezaba a notar el influjo del concilio de Trento —el hecho de que cuatro hermanos de Quiroga fuesen dominicos, como señala la probanza citada, explica, por otra parte, la fuerte herencia lascasiana—. El capítulo cuarto, el más extenso del libro, está dedicado al análisis de los *Coloquios*. Con todo lujo de pormenores se estudia el contexto literario (particularmente la difusión del diálogo en América, “uno de los géneros predilectos para atender a los problemas que el Nuevo Mundo suscitaba”), la conexión de la obra con la tradición historiográfica y la literatura de avisos (apuntándose que el diálogo permite, por primera vez, introducir el punto de vista del indio sin distorsionar la narración), el sentido y los tópicos del prólogo, las fuentes de los diálogos (sobre todo Luciano y, entre los modernos, Guevara, Jerónimo de Contreras, el *Lazarillo*), el alcance del lascasianismo de Quiroga (bien matizado por Vián; una de las anécdotas referidas procede de la *Gramática quechua* de fray Domingo de Santo Tomás: otro dominico), y el encuadre en el género literario, destacando sobre todo la caracterización de los personajes y los argumentos de Barquilón (el conquistador) y Tito (el conquistado), que rozan a veces el escepticismo. Un muy jugoso apartado de este capítulo está consagrado a la lengua y el estilo, muy elaborado, de Quiroga. Pero el interés de Vián no se limita solo al texto castellano, sino que también se extiende a comentar los párrafos en quechua que pronuncia Tito antes de proceder a su frustrado suicidio.

La edición crítica de los cuatro diálogos conservados en el ms. Esc. K. II. 15, fechado por la filigrana del papel en 1569 (otra vez todo concuerda), ocupa las páginas 331-528. Huelga ponderar la acribía de Vián en la constitución del texto, perfectamente puntuado (por ejemplo, en minucias como el “qué” —y no “que”— de pag. 372) y limpio de erratas; al menos, no he encontrado ninguna grave: sólo minucias, como la falta de acento en “llegó” (p. 386), “sé” (p. 447), “lleváos” (p. 456), o el exceso en *implícita* (p. 494), efectos no queridos del proceso informático. Sí causa asombro infinito, en cambio, el estupendo cuerpo de notas. Nada escapa a la sabiduría de la editora: ni usos gramaticales, ni alusiones veladas, ni expresiones proverbiales, ni recuerdos de la tradición clásica; todo se ve comentado profusamente, pero sin baldía erudición.

Paso a comentar a continuación algunos puntos que me parecen de interés de los *Coloquios*, un tratado que debió de hacer las delicias de no pocos dominicos: entre ellos, de los propios hermanos de Quiroga.

El baquiano que adoctrina al chapetón Justino recibe el nombre de Barquilon. Según Rípodas, Barquilon ha de identificarse con un personaje de carne y hueso, el andaluz Pedro Hernández Barchilón, uno de los partidarios de Pizarro. A esta hipótesis parece inclinarse Vián en p. 174ss. y 343 n. 22. Ahora bien, el nombre Barquilon tiene un significado más amplio, pues en otra ocasión Justino, tras llamar irónicamente “santón” a su interlocutor, le espeta: “Bien te llaman el nombre que tienes” (p. 383): prueba de que éste término, más general, encerraba un significado peyorativo. ¿No confiesa el propio Barquilon, al presentarse él mismo, ser “desprecio y oprobio de todos los que me quieren hollar” (p. 342)? Ahora bien, Barchilón es un apellido que fue frecuente en la judería toledana y que llevaron asimismo los conversos sevillanos: uno de ellos fue precisamente un Hernández Barchilón (véase mi estudio sobre *Los conversos y la Inquisición sevillana*, Sevilla, Fundación El Monte, III, p. 323). La situación que nos presenta Quiroga ahora tiene más miga: el defensor de la conquista es un converso, lo que explica el desprecio que por él siente todo el mundo. ¿Ironía del autor?

En cuanto a Tito, es evidente el enlace del nombre con los Titos incaicos, pero no menos innegable es su pertenencia al mundo romano. Y precisamente el aura latina de Tito, según creo, permite que su compañero —otro indio, una persona muda en el diálogo— se llame de manera inverosímil Cayo. Tito (más bien Ticio) y Cayo son nombres que aparecen a menudo en los ejercicios escolares de Derecho romano. ¿Otra ironía de Quiroga?

El discurso final de Tito está empedrado de citas bíblicas que no siempre son advertidas. Señalo algunas: “Dice el mismo autor desta verdad que su yugo es suave y la carga suya que nos manda llevar liviana y portátil” (p. 500) traduce lo que dice Jesús en Matth. 11, 29 *iugum enim meum suave est et onus meum leve*. Igualmente el principio citado en p. 506 (“dadles leche y principios de fe, y no manjar que no puedan con él”) es eco de I Cor. 3, 2 *lac vobis potum dedi, non escam: nondum enim poteratis*. “Los edificios que no llevan firmes los fundamentos cáense fácilmente” (p. 524) recoge otra parábola de Jesús (Mt 8, 26-27, Luc. 6, 49). Resulta así que la perorata del indio es la parte más docta y la que más abunda en citas bíblicas de todo la obra: ¿una ironía más del autor?

Permítaseme, por último, comentar minucias filológicas que no afectan al sentido ni a la comprensión del texto. En dos casos creo que sobra el punto que pone la editora: “¡Oh si entendiéssedes, cristianos, a lo que estáis obligados..., es cierto que no os descuidaríades” (pp. 516-517) y “Y como vuestra obra no tiene modelo por vuestra negligencia, ni saben lo que hacen en ella los que vienen..., mil experiencias hacéis en nosotros...” (p. 517), y no: “Es cierto” y “Mil experiencias”. También pienso que son interrogativas —preguntas de retórica indignación— y no afirmativas unas frases del discurso final de Tito: “No sabéis nuestra lengua ni nosotros entendemos la vuestra, ¿y queríades que os entendiésemos los conceptos y adivinásemos lo que nos queréis decir?” (p. 500) “Sola una vez tomó y hiço açote..., ¿y vosotros con açotes pensáis enseñar la ley de humildad y amor?” (p. 506); “Sancto Tomás... encaresce... el cómo han de captar la benevolencia de los oyentes, ¿y vosotros procuráis desamor y aborrecimiento...?” (p. 510) y “da sant Pablo gracias a Dios que le hace digno deste ministerio, ¿y vosotros a todos admitís, a todos hacéis hábiles...?” (p. 513).

Una lista de variantes con la edición del padre Zarco y una nutrida bibliografía cierran este espléndido volumen, una edición verdaderamente ejemplar. Nobleza obliga.—JUAN GIL.